

**EL TRABAJO Y CONSUMISMO EN LA MODERNIDAD LÍQUIDA
DE ZYGMUNT BAUMAN**



Universidad
del Cauca

ISABEL CRISTINA VALVERDE QUIJANO

**UNIVERSIDAD DEL CAUCA
FACULTAD DE CIENCIAS HUMANAS Y SOCIALES
DEPARTAMENTO DE FILOSOFÍA
POPAYÁN
2014**

AGRADECIMIENTOS

A Dios por darme el mejor regalo, la vida.

A mis padres Jesús Hernán Valverde y Carmen Elisa Quijano, por su apoyo moral y económico a lo largo de mis estudios universitarios y su valiosa educación para la vida.

A los profesores del departamento de Filosofía por guiarme durante mis estudios, compartiendo su conocimiento y experiencia profesional.

A mi asesor Gustavo Chamorro por su apoyo y motivación para alcanzar la meta en este trabajo de grado, y enriquecer mi desarrollo profesional.

A los lectores por sus valiosas contribuciones en el mejoramiento de este trabajo.

CONTENIDO

PRESENTACIÓN.....	4
CARACTERIZACION DE LA MODERNIDAD SOLIDA Y LIQUIDA.....	8
1.1 LA MODERNIDAD SOLIDA.....	8
1.2 LA METAFORA DE LA MODERNIDAD LIQUIDA.....	13
2. EL TRABAJO EN LA FASE SÓLIDA DE LA MODERNIDAD.....	20
2.1 LA ÉTICA DEL TRABAJO COMO PROCESO CIVILIZADOR.....	20
2.2 EL PAPEL SOCIAL DEL TRABAJO EN LA MODERNIDAD SÓLIDA	26
3. EL TRABAJO COMO MEDIO PARA EL CONSUMO EN LA FASE LÍQUIDA DE LA MODERNIDAD	32
3.1 LA DISOLUCIÓN DE LA ÉTICA DEL TRABAJO Y LA APERTURA DEL CONSUMISMO	32
3.2 EL TRABAJO COMO MEDIO DE PROGRESO PERSONAL: LA CONSTANTE INSATISFACCIÓN HUMANA.....	38
4. CONCLUSIONES GENERALES	43
REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS.....	44

PRESENTACIÓN

La Modernidad se ha constituido en un tema bastante discutido en distintos ámbitos del pensamiento, y la filosofía no es una disciplina que esté al margen de éste complejo movimiento social, político, cultural y artístico. Zygmunt Bauman es un sociólogo y filósofo de origen polaco que ha venido reflexionando desde hace algunos años en el tema que tanto interesa a pensadores de distintas áreas de las ciencias humanas.

La formación académica de éste pensador “fija” el enfoque con el que realiza su aproximación al concepto de “Modernidad”, esto es, un fuerte componente sociológico pues la comprensión de la Modernidad debe en principio dar cuenta de los movimientos sociales gestados en su desarrollo, así como de la articulación en cómo se ha concebido el individuo y su relación con la sociedad no sólo desde el aspecto puro y simple de la vida cotidiana sino también desde el discurso que justificaba “racionalmente” el proyecto moderno.

El estudio en el que Bauman centra el concepto de la Modernidad es en la *Modernidad líquida*, publicado en el año 2000, lo cual no quiere decir que antes no se haya ocupado de los procesos sociales en la Modernidad, sólo que en esta obra logra resaltar los aspectos más importantes de la Modernidad y sus respectivos cambios en la actualidad, por lo cual, ha tenido que identificar dos fases en el proyecto moderno: La Modernidad sólida y la Modernidad líquida, a ambas fases les es común la capacidad que tienen para disolver estructuras; así la Modernidad en su fase sólida disolvió las antiguas estructuras sociales, políticas, ideológicas, artísticas, culturales, científicas y productivas para poder crear nuevas estructuras más sólidas.

Bauman describe las actuales tendencias de la sociedad, la cultura y encuentra que las estructuras que el proyecto moderno pretendía haber creado como “sólidas” y más fuertes que las estructuras pre modernas están siendo erosionadas y disueltas por distintos factores. Estos factores los encontramos entre otras cosas en el proceso de globalización y desregulación de los mercados, el individualismo y la pérdida de la subjetividad política, el Estado y su incapacidad de fomentar la identidad de sus miembros para con él y la nación. El resultado de estos cambios es el mismo en algún modo al ocurrido al individuo moderno una vez disueltas las estructuras sociales, ideológicas y culturales de la pre Modernidad: zozobra, angustia, ansiedad, incertidumbre, desasosiego, indeterminación, inseguridad, etc.

Se suma a esta inseguridad y ansiedad que a diferencia de la fase sólida de la Modernidad no hay un proyecto social o histórico a gran escala mediante el cual el individuo contemporáneo pueda fijar y volcar todas sus potencias creativas, solidarias, políticas para tomar el “control” de su vida y determinar el espacio en el cual aspira desenvolverse. El individuo en ese caso haría parte de un organismo social que se organiza, decide, lanza proyectos y retos que realizar mediante el

trabajo y coordinación. No se quiere decir tampoco que en la fase sólida de la Modernidad ésta organización y proyección social haya sido absolutamente espontánea pues estaba mediada por distintos intereses, especialmente, intereses de clase; sólo que el individuo moderno no tenía más elección que sumarse a éste proyecto a gran escala, mientras que las opciones del individuo de la fase líquida de la Modernidad se multiplican sin cesar.

Al incrementarse las opciones de vida, de identidad, de trabajo y sobre las opciones de escoger éste o aquel producto que satisface nuestros deseos - aunque sea por breve tiempo- se origina una “creencia” de libertad y control sobre nuestras propias vidas, pero en el devenir del consumismo no nos detenemos a pensar que éstas satisfacciones personales y a corto plazo en realidad fragmentan a cualquier comunidad disolviendo a su vez toda capacidad de coordinarse y cooperar para establecer proyectos y normas comunes; de igual modo, tampoco el Estado tiene la fuerza suficiente para poder establecer estos proyectos que impliquen todo el conjunto de individuos que lo componen mediante un esfuerzo mutuo.

De acuerdo a Bauman la Modernidad en su fase sólida se caracterizaba por la formación de una “sociedad de productores” a diferencia de la sociedad en la fase líquida de la Modernidad que se caracteriza por ser una “sociedad de consumidores”. Bauman menciona que la necesidad de producción y de formar individuos productores en la Modernidad sólida obedecía precisamente al consumo de las materias primas para la elaboración de objetos que iban a ser consumidos dentro del mundo del mercado e intercambio, pero la sociedad contemporánea enfatiza en la formación de individuos consumidores pues el trabajo y la producción de bienes y servicios se mantienen en la actualidad sólo que con diferencias notables.

La Modernidad en su fase sólida se sustentaba sobre una inminente sociedad productora, por lo cual, el trabajo desempeñó un papel fundamental en la conformación de dicha sociedad. El trabajo es tratado por Bauman como uno de los cinco conceptos fundamentales de la Modernidad junto con el de emancipación, individualidad, espacio-tiempo y comunidad, y en gran medida es en él en el que encontramos el medio en el que el individuo moderno se desarrolla, sus posibilidades de interacción y de identidad, así como las cargas sociales e ideológicas impuestas sobre él.

El trabajo desempeñó un papel fundamental en la formación del individuo moderno en una sociedad productora porque tenía esencialmente una función disciplinaria. Por un lado, el trabajador artesanal disponía de mucho tiempo libre y concebía la satisfacción de sus necesidades primordiales de una forma inmediata, en términos populares se podría decir que “vivía con el diario”; por otro lado, al disolverse la sociedad estamental los individuos de la naciente sociedad moderna no tenían referentes e instituciones sólidas que les brindasen identidad, amparo, seguridad y estabilidad, de acuerdo con esto el trabajo en su forma moderna obedece -claro está- a la transformación de los modos de producción, de un modo de producción

artesanal a un modo de producción industrial, pero también a una necesidad social, el jerarquizar, controlar, disciplinar, determinar y fijar funciones a un grupo de individuos que flotaban en la indeterminación y caos de las ruinas del Antiguo Régimen.

Es importante destacar a su vez, que si bien el trabajo tenía una clara función disciplinaria que establecía el puente entre el individuo y la vida social, en la praxis el trabajo desempeñado servía como carta de presentación e identidad del individuo. De igual modo, el trabajo en la fase sólida de la Modernidad llegó a representar una actividad “potencialmente” política en cuanto que la capacidad de organización, trabajo conjunto, solidaridad y cooperación fueron las cartas sobre la mesa en la exigencia de mejorar las condiciones de vida de los obreros.

Se puede decir entonces que en la fase sólida de la Modernidad el trabajo podía posibilitar la acción política, además, efectivamente tenía un valor social por fuera del valor económico que le otorgaba dueños de los medios de producción, y en cierto sentido el trabajo se tornaba estable al implicar que el trabajador por lo general tenía que ocupar de por vida el puesto que le era asignado; por el contrario en la fase líquida de la Modernidad el trabajador no tiene otro motivo para trabajar más que el dinero que se le paga y éste sólo tiene “sentido” en el mundo sinsentido del consumismo, en otras palabras, en la Modernidad sólida la “vocación” por el trabajo tenía en perspectiva el progreso del individuo que podía obtener más cosas que la satisfacción de las necesidades básicas de su vida, esto a su vez contribuía con el desarrollo material de la sociedad, en cambio en la sociedad contemporánea, la perspectiva social del trabajo se ha perdido totalmente al centrar la actividad del consumo en el individuo mismo y no en la sociedad.

El consumismo es una actividad esencialmente individual y juega con el desequilibrio entre el deseo y su satisfacción, el individuo contemporáneo obtiene trabajos temporales que obstaculizan la socialización, la identidad y permanencia, así que el mundo del consumo se convierte en el refugio siempre temporal de satisfacer sus necesidades. En la Modernidad sólida el proceso de individuación se imponía como la necesidad de distinguirse de los antiguos estamentos sociales y emanciparse de las obligaciones, fidelidades, deberes y normas de las instituciones pre modernas, es decir, la individualidad implicaba la necesidad de forjarse como individuo, de buscar los medios adecuados para subsistir en un nuevo orden social, político y económico para conformar su identidad social.

En esta medida el trabajo se proyectó como el instrumento por medio del cual el individuo se hacía responsable de su propia vida dentro de un mundo centrado en la producción masiva y el control de ésta producción. La ética del trabajo desempeñaría un rol importante en la conversión del artesanado en el *homo laborans* moderno pues incentivaba la idea de que el individuo debía participar de una forma voluntaria en este mundo productivo; en sí la ética del trabajo intentó lograr la coordinación de los individuos mediante la coordinación de las expectativas creadas en la participación del progreso material de la sociedad. Así

entregarse en cuerpo y alma al mundo del trabajo industrializado no sólo garantizaba el “progreso” personal del trabajador en la promesa de su participación en el mundo del intercambio de bienes y servicios, a la vez también se lo presentaba como una especie de deber histórico-social ineludible, la verdadera cuota que la *civilización* exigía.

Ahora bien, si el trabajo en la Modernidad sólida tenía una clara función de acuerdo a los ideales planteados en la época, esto es, la producción para el progreso social tanto material como espiritualmente, con el énfasis puesto en el consumo en la fase de la Modernidad líquida la función del trabajo pierde el “sentido social” que se le otorgaba anteriormente y en lugar de movilizar grandes masas de individuos, moviliza a los individuos mismos en busca de sus intereses privados o personales. Las masas se pueden conformar como una cantidad heterogénea de individuos que tienen móviles y expectativas comunes, especialmente, expectativas políticas, una sociedad centrada en los valores individuales no puede compartir en su interior normas, valores, expectativas e intereses “universales”.

Entonces al liberar al individuo de las presiones, deberes y obligaciones sociales, y en lugar de éstas colocar las distintas opciones que nos ofrece el mercado se brinda la sensación de un nivel mayor de libertad al declinar la responsabilidad social, política y la dinámica del espacio público en el cual en principio se exponen las distintas problemáticas que aquejan a la sociedad. Cabe preguntarse entonces ¿por qué en este breve escrito se ha escogido el concepto del trabajo en Zygmunt Bauman si lo que está en juego es la despolitización del individuo contemporáneo? Dos cosas engloba responder: 1. porque como bien señala Bauman, el trabajo constituye el puente entre la vida individual y la vida social, 2. lo cual es preocupante en una sociedad como la nuestra con altos índices de desempleo y de trabajo informal; con una socialización débil a los individuos les es muy difícil concretar proyectos fuertes y persistentes en el tiempo, aun así la necesidad del consumo de bienes y servicios se proyecta en una sociedad que aún no ha sido capaz de cumplir con sus expectativas productivas. Entonces ¿a qué problema se dirige nuestra sociedad cuando se impone el consumismo como una necesidad y por otro lado el mundo del trabajo no puede cumplir con las exigencias del consumo?

El tema que nos ocupa se desarrolla en tres apartados: En el primero de ellos se realiza una aproximación a las características de lo que Bauman llama la Modernidad sólida y la Modernidad líquida haciendo referencias generales al concepto de trabajo. En el segundo apartado nos centramos en el papel de la ética del trabajo en la fase sólida de la Modernidad, sus aspectos negativos así como los aspectos positivos del trabajo en la conformación de la identidad social del individuo. En la tercer apartado se hace referencia al surgimiento del individuo consumista a partir de la caída de la ética del trabajo y la ruptura de la relación trabajo-capital. Finalmente se hacen algunos comentarios como conclusiones generales.

1. CARACTERIZACIÓN DE LA MODERNIDAD SÓLIDA Y LÍQUIDA

En este apartado se intenta, por medio de dos apartados, establecer un acercamiento a la noción de Modernidad en Zygmunt Bauman, las implicaciones que ésta conformación cultural, económica y política tiene en el ámbito de la individualidad. No se trata de agotar el tema sino de poder poner en relieve algunos aspectos que serán de gran utilidad y carga teórica para la comprensión del tema que nos hemos propuesto, es decir, la relación entre el trabajo y el consumismo en la era de la Modernidad líquida.

1.1 LA MODERNIDAD SÓLIDA

Uno de los temas que llama la atención sobre las investigaciones del sociólogo y filósofo Zygmunt Bauman es el título de la obra *La Modernidad líquida*, en el manifiesta directamente cómo concibe la constitución de la Modernidad, hace pensar insistentemente en qué radica dicha caracterización de la Modernidad como un estado líquido, en especial, porque el discurso sobre los fundamentos de la Modernidad son bastante discutidos, Bauman utiliza una metáfora para caracterizar la Modernidad en el estado actual en lugar de apropiarse de otros adjetivos como “posmodernidad” o “hipermodernidad” a los que recurren otros autores o la academia.

El tema de la Modernidad en sí mismo es un problema ineludible para distintas áreas del conocimiento humano como la filosofía, historia, sociología, política, economía, antropología e incluso en el discurso de las ciencias naturales que se han consolidado tras éste complejo fenómeno que aborda diversas expresiones del ser humano. La Modernidad en última instancia es ineludible ya sea para quienes piensan que aún no se ha llegado a realizar en su plenitud, o por el contrario, también es un referente ineludible para aquellos quienes consideran que la Modernidad es un estadio en la cultura humana ya superado desde la segunda mitad del siglo XX.

Bauman se inscribe en una perspectiva que difiere de las anteriores, él plantea que la Modernidad no ha llegado a realizarse en sus ideales ya que muchos de los fenómenos sociales, culturales, económicos y políticos manifiestan una diferencia radical respecto a formas, modos de vida y producción pre modernos; sin embargo, también señala que muchos de los fenómenos que consideramos pertenecen a la Modernidad siguen presentes aunque de una manera dinámica se mantienen mutando. El cambio que implicó la Modernidad en relación a formas de vida anteriores también ha conllevado importantes transformaciones que no se han de dejar pasar por alto, pero no por ello deja de ser parte del fenómeno mismo de la Modernidad.

En este sentido nos enfrentamos a un problema referido en la lectura de Bauman, si la Modernidad es un fenómeno que muestra ciertas dinámicas que superan sus postulados pero que a la vez tiene vigencia, ¿entonces por qué el autor establece

la diferencia entre lo que él denomina la “Modernidad sólida” y la “Modernidad líquida”? Pues bien, a primera vista parece sugerir que la constitución de la Modernidad líquida es radicalmente diferente de la Modernidad sólida, es más, que pueden llegar a ser contradictorias de acuerdo a los adjetivos con que se designa la Modernidad en uno y otro caso: La solidez y la liquidez. ¿Con estos adjetivos acaso se está estableciendo una diferencia dicotómica entre una Modernidad y la otra? ¿Habría que elegir cuál modelo de “Modernidad” nos parece favorable y cuál no?

Sin embargo, no es del todo cierta esta suposición, es decir, la idea de que la Modernidad sólida y la Modernidad líquida son manifestaciones radicalmente diferentes y que no tienen nada en común, que la Modernidad líquida pueden ser la superación de un estadio cultural que pasa a la historia y es a la vez no sólo el presente sino el futuro ineludible de las sociedades. De hecho también éste aspecto de lo que se presenta como necesario e ineludible, o en otros términos, que la Modernidad líquida sea la modalidad a la cual toda sociedad se dirige quiéralo o no, es objeto de la crítica filosófica para establecer los límites y las posibilidades de las alternativas del pensamiento y los modos de vida, de establecer nuevas formas de relaciones sociales y nuevas formas de concebir el mundo dentro de un entorno dado. La utilización de los recursos, así como de aquello que carece un determinado estado o situación son necesarios para establecer nuevas vías a las situaciones en las que el pensamiento, los lazos afectivos, la libertad y capacidad de realizar acciones políticas se están debilitando cuando se disuelven en las corrientes de la contemporánea economía de mercado.

Ahora bien, lo que queremos señalar es, que para Bauman estas diferencias entre lo que él ha llamado la Modernidad líquida y la Modernidad sólida se configuran desde una raíz en común, ya que la Modernidad es un proceso único que difiere en sus modalidades. Por cual se ha de hablar de “fases” en lo que respecta a la Modernidad; Bauman manifiesta el problema de ésta distinción entre Modernidad sólida y líquida así:

Acepto que esta proposición [de caracterizar la cultura actual con la expresión de Modernidad líquida,] pueda hacer vacilar a cualquiera que está familiarizado con el ‘discurso de la Modernidad’ y con el vocabulario empleado habitualmente para narrar la historia moderna. ¿Acaso ‘derretir los sólidos’ no fue siempre su principal pasatiempo y su mayor logro? En otras palabras, ¿acaso la Modernidad no ha sido ‘fluida’ desde el principio?. (Bauman, 2003:8)

Para Bauman la Modernidad ha sido esencialmente un proceso de “fluidez” cuyo mayor logro ha sido “derretir los sólidos”, ha sido la Modernidad para Bauman un proceso de “licuefacción” por el que las estructuras sólidas se van disolviendo desde sus bases. Para él estas estructuras sólidas representan las instituciones sociales y políticas que se resisten al paso del tiempo, o bien se mantienen vigentes en él. Recordemos que la diferencia radica en que una estructura sólida

se consolida en el tiempo y en el espacio, lo contrario sucede con el líquido que es inestable e incapaz de mantener su estructura salvo temporalmente. Ahora bien, ¿qué relación tiene la metáfora del comportamiento físico-químico de las estructuras sólidas y las estructuras líquidas con los procesos sociales de la Modernidad? Como se había mencionado, las metáforas que utiliza Bauman tratan de caracterizar procesos sociales, estructuras sólidas son instituciones que se mantienen y perduran en el espacio y el tiempo, como tal es el caso de la Iglesia en toda la Edad Media y su resistencia ante los ataques críticos de la nueva ciencia e ideas acerca de la organización social y poder político. Por tal razón, cuando se habla de la Modernidad sólida o Modernidad líquida, del movimiento o la permanencia de estructuras hemos de pensar en la dinámica de estructuras sociales.

La Modernidad se caracteriza por la capacidad de disolver estructuras sociales en instituciones que logran mantenerse en el tiempo. Al disolver las estructuras pre modernas se vio en la necesidad, de acuerdo a los ideales de la época, crear con base a los principios universales de la razón nuevas instituciones que en principio habían de ser mucho más duraderas que aquellas que habían sido disueltas. La Modernidad tiene en este sentido dos modos de configuración que se siguen, son dos modos de un mismo procedimiento que estaba encargado de derretir las formas sólidas y estancadas que caracterizaban la vida, la cultura y las formas de producción pre modernas para reemplazarlas por otras mejoras. Esta actividad de derretir y reemplazar estructuras sólidas es lo que Bauman denomina la Modernidad sólida, una fase en el fenómeno de la Modernidad.

Las formas de vida pre modernas eran consideradas anquilosadas, petrificadas, marmóreas, estancadas, pasadas, etc., por las nuevas necesidades y condiciones que se gestaban en distintos procesos filosóficos, sociales, y económicos. Las condiciones exigían superar del todo viejos paradigmas de relaciones y condiciones sociales, por ejemplo, el estamental que se mostraba como la estructura política por excelencia y con base a una forma de derecho hereditaria y de privilegios que excluía gran parte de la población de las funciones sociales y políticas, pero que a la postre no era suficiente en el momento de justificar el monopolio del poder político. En otras palabras, la Modernidad fue un proceso que diluyó las bases de las formas y relaciones sociales anteriores a ella, el derribe de la sociedad estamental fue uno de los logros de ésta corriente para lograr la emancipación del individuo.

La emancipación fue en gran medida la idea moderna que logró disolver las estructuras sólidas de la pre Modernidad, la idea que movilizó a los hombres a superar las condiciones dadas, el *statu quo* del Feudalismo o Antiguo Régimen y constituirse en los auténticos responsables de su destino. La emancipación del hombre implicó grandes transformaciones de las estructuras sociales ya que éstas debían estar acordes a la voluntad de los individuos y no de los estamentos que representaban los poderes políticos. De allí que el proceso de la Modernidad sea considerado esencialmente como un proceso de licuefacción, de desintegración

de estructuras, normas, pautas, ideales que se consideraron demasiado conservadores en contra del transcurrir del tiempo.

La Modernidad es un fenómeno complejo pero esto no significa que no podamos encontrar en ella rasgos específicos que ayudarían a una mejor comprensión del asunto. La *emancipación*, la *racionalidad* moderna, la *ciencia*, el *capitalismo*, el *Estado de derecho*, la *acción política*, entre otros temas más constituyen parte del universo que se ha transformado radicalmente en la Modernidad. Estas instituciones fueron las que reemplazaron las viejas estructuras sobre una lógica diferente, la lógica de la razón, la funcionalidad y la idea del progreso como aspiración de toda la humanidad.

La idea de la individualidad en la Modernidad sólida implicaba no sólo la posibilidad del individuo de establecer su diferenciación respecto al grupo social al que pertenecía, es decir, de diferir en lo que respecta a las normas y valores que estaban vigentes en una determinada comunidad, sino también que esta disidencia convirtiese en una acción crítica tanto en el sentido de diluir las normas, creencias y valores de un grupo social como de proponer y buscar las formas de crear las condiciones e instituciones sociales que permitieran, respetaran y garantizaran ese derecho a la autonomía y libertad. Bauman considera pues que la individualidad, la emancipación y libertad son fenómenos asociados y casi indistinguibles el uno del otro, pero las consecuencias sociales en la Modernidad sólida han causado gran impacto.

Bauman considera que después del derretimiento de la sociedad estamentaria el hombre queda en un estado de total desarraigo, pues los sólidos que hacían parte de su mundo han sido disueltos, por lo cual, él no encuentra puntos fijos, bases y pilares para forjar su identidad. En la Modernidad sólida se presenta una doble tendencia en la conducta del individuo, por un lado desea la sociedad que le otorga confianza, pertenencia, seguridad e identidad y a la vez que las normas sociales parecían opresivas. No obstante la preferencia a vivir bajo estas normas era mucho mejor que vivir una vida en el desarraigo, en palabras de Bauman:

[Las respuestas en torno a la paradoja de la emancipación del individuo respecto al conjunto de normas vigentes en una sociedad] se derivan en definitiva del horror visceral hobbesiano por el "hombre sin freno". Ganan su credibilidad presuponiendo que un ser humano liberado de las restricciones coercitivas de la sociedad (o que nunca estuvo sujeto a ella) es más una bestia que un individuo libre, y el horror que generan se deriva de otro presupuesto, a saber, que la ausencia de restricciones efectivas haría de la vida algo 'feo, brutal y breve', -y, por lo tanto, en absoluto feliz-. (Bauman, 2003:25)

De este modo en la Modernidad sólida el individuo desempeña un papel preponderante, y no se concibe a sí mismo al margen o de una forma abstracta en relación con los otros y la sociedad, por el contrario, el individuo requiere de la formación de instituciones nuevas que posibiliten y legitimen su nuevo estatus de

libertad, de igual manera en el aspecto político como en el económico. La economía por ejemplo se emancipa de las formas de producción e intercambio del Feudalismo y del Antiguo Régimen para poder rebasar los obstáculos geográficos y políticos a los que estaba supeditada, es decir, el mercantilismo y la fisiocracia que justificaban la existencia de los Estados o las monarquías junto con sus estamentos, y poder entenderse la economía como un ejercicio propio de los individuos. La nueva modalidad de economía tenía que legitimar el derecho de todo individuo a intercambiar y competir libremente.

La economía deja de ser algo digno de los estamentos sociales y para a ser parte de las actividades del individuo y mediante ella, el individuo garantiza su subsistencia y la satisfacción de sus necesidades. Su vida no depende en este sentido de la caridad, los favores, honores ni la servidumbre a instancias estamentales. El individuo en cuanto que es reconocido como portador de derechos: libertad, igualdad, autonomía, es quién decide las formas efectivas para su realización personal y la realización de la especie. En otras palabras, el desarrollo del individuo implica de una forma cuantificable el desarrollo de la especie o del género humano. De allí que para la Modernidad la individualidad sea una de las prioridades que ha de garantizar el Estado moderno de derecho como institución creada de acuerdo a los principios de la razón.

Para Bauman la actividad del individuo es un hecho que caracteriza en gran medida la Modernidad, pues la individualidad pone en juego un concepto subjetivo de la *responsabilidad* en el cuál el individuo es responsable de sus decisiones y acciones, de los efectos que ellas generen en su vida privada y en el ámbito público. Por tal razón, la pertenencia y participación en la democracia moderna, en los asuntos públicos, en la economía e intercambio, en la ética moderna del trabajo no se veían como actividades impuestas sino elegidas por consecuencia de la formación de nuevas instituciones que aseguraran el progreso social.

La responsabilidad del individuo en la Modernidad sólida de acuerdo a Bauman tiene dos vertientes, la una es la responsabilidad para consigo mismo, la otra es la responsabilidad para con los demás; ésta última se constituye en la esfera pública o del ciudadano. No estamos debatiendo el concepto de ciudadano, sino simplemente el hecho que Bauman trae a colación es que si bien el proceso de individuación en la Modernidad "*no fue una elección*" por parte del individuo ya que éste no estaba constituido para ejercer la libertad de serlo, entonces la responsabilidad sobre su vida tampoco lo ha sido. Se trata de que la individualidad y la responsabilidad se presentaron juntas, advinieron en la Modernidad en el proceso de desintegración de viejas instituciones y en la creación de otras tantas.

Por supuesto que la creación de nuevas estructuras o instituciones sólidas necesitan de una justificación, una lógica o método para hacerlas "sólidas", para que estas instituciones no se vean afectadas fácilmente. El individuo moderno tiene que encontrar los medios adecuados para este fin en el que sus creaciones perduren. Los fines que el individuo se propone suponen pues un método de calcular las decisiones, acciones y sus consecuencias (unas relaciones de causa-

efecto), por lo cual la instauración de un nuevo tipo de racionalidad, la racionalidad instrumental, es fundamental para los fines a corto y largo plazo del individuo moderno.

Este tipo de racionalidad es funcional y trata de establecer un “cálculo racional de los efectos” de las decisiones y acciones emprendidas para un determinado fin. El fin de la Modernidad era el alcanzar el mayor índice de progreso material, una sociedad en la que la libertad política esté aparejada con la abundancia económica y material. La racionalidad moderna es el fundamento de las nuevas instituciones políticas, sociales y económicas. El Estado moderno como institución sólida y centro de poder, la idea de la sociedad como un conjunto de individuos que conviven cobijados por principios y derechos universales, el trabajo organizado y centralizado en las fábricas de acuerdo a un esquema que exige rendimiento y productividad, el espacio público en el cual se discuten los problemas sociales de acuerdo a la tolerancia y diálogo para llegar a consensos, se puede decir que son expresiones de ésta racionalidad que busca los medios adecuados para los fines propuestos en el ideario de la Modernidad.

No obstante, como han señalado bastantes críticos de la Modernidad y que Bauman reitera, la Modernidad logró derrocar (“disolver” es la palabra utilizada por el autor) los viejos estamentos y formas de relación e instaurar otras; para el sociólogo y filósofo de origen polaco esta nueva forma de relación es “el nexo del dinero” (Bauman, 2003:10). Éste nexo es fundamental en la constitución de la Modernidad sólida, porque precisamente la economía y el sistema capitalista se constituyen como una estructura sólida en la Modernidad, ninguna actividad humana, ninguna institución anterior al nuevo sistema de producción y economía capitalista han resistido las más feroces críticas porque imponen su propia lógica y términos.

Si bien en una comunidad pre moderna los nexos entre los integrantes de ella se basaban en la identidad afectiva de los individuos para con la comunidad, en la Modernidad los nexos que median las relaciones entre individuos son por un lado la formal que proporciona el Estado moderno de derecho y materialmente las relaciones económicas que median las relaciones humanas. Para nuestro propósito vale la pena recordar que Bauman menciona que el proyecto de Estado-nación moderno se caracterizaba por ser una estructura fuerte cuyas funciones eran regular todo aspecto de la vida social, por lo cual hasta los programas educativos y culturales estaban destinados a forjar el sentimiento de identidad del individuo con la nación; en estas funciones estaba también la de regular la economía para el favorecimiento de la sociedad, sin embargo no es hasta los años 90's cuando surge una nueva forma de economía que debilita el Estado convirtiéndolo en una institución pusilánime contra las nuevas tendencias del mercado. En este sentido, la Modernidad sólida caracterizada por instituciones fuertes, especialmente el Estado, cede ante los flujos del mercado lo que causa una transformación en el concepto de individualidad, emancipación y la libertad acorde con las mareas y flujos de la economía y estableciendo la incertidumbre, inseguridad y desprotección en la vida del individuo contemporáneo.

1.2 LA METÁFORA DE LA MODERNIDAD LÍQUIDA

Bauman ha insistido en que utiliza una metáfora para caracterizar los procesos que "definen" la Modernidad, la diferencia que establece con lo que se ha denominado la Modernidad sólida y la Modernidad líquida es simplemente de "fases", es decir de procesos de un mismo fenómeno que han consistido en la disolución de estructuras consideradas ya caducas, viejas, anticuadas y se puede decir que anacrónicas, por unas estructuras renovadas y mucho más sólidas cuya base fuese la racionalidad moderna centrada en la funcionalidad. Las instituciones de la Modernidad debían ser sólidas pero funcionales, esto es efectivas al emplear los medios adecuados para los fines propuestos, en especial, la finalidad del progreso mediante la organización metódica de todas las fuerzas e instituciones de la sociedad. La Modernidad sólida intenta crear instituciones que aseguren estabilidad ante los sentimientos de desarraigo del individuo moderno, certidumbre en los fines sociales y políticos, y protección ante las amenazas que bombardean la vida y seguridad no sólo de los ciudadanos sino también de las personas en general.

El presupuesto de Bauman es que la Modernidad en general ha sido un proceso fluido, hubo un período en la que la creación de instituciones duraderas con fundamento en principios universales y funcionales caracterizó una fase llamada Modernidad sólida. Pero el advenimiento de una segunda fase de la Modernidad es llamada por Bauman líquida debido a la constante disolución de las instituciones creadas en la Modernidad sólida. Tal vez no es que desaparezcan estas instituciones, solamente si estructura se debilita y las funciones para las que han sido creadas no están operando de acuerdo a los ideales y propósitos iniciales, pierden un papel fundamental en la sociedad moderna y no constituyen el centro de referencia de las grandes preocupaciones y problemas actuales. Este desplazamiento de su rol se debe precisamente a la característica "líquida" de nuestro tiempo; lo líquido puede disolver lo sólido, tiene un desplazamiento en el espacio y el tiempo, se dilata, es inestable; Bauman menciona al respecto en "lenguaje simple" que:

Todas estas características de los fluidos implican que los líquidos, a diferencia de los sólidos, no conservan fácilmente su forma. Los fluidos, por así decirlo, no se fijan al espacio ni se atan al tiempo. (...) los fluidos no conservan una forma durante mucho tiempo y están constantemente dispuestos (y proclives) a cambiarla; por consiguiente, para ellos importa más el flujo del tiempo más que el espacio que puedan ocupar: ese espacio que, después de todo, sólo llenan "por un momento" (...). Los fluidos se desplazan con facilidad (...). Asociamos 'levedad' o 'liviandad' con movilidad e inconstancia: la práctica nos demuestra que entre menos cargados nos desplazamos, tanto más rápido será nuestro avance. (Bauman, 2003:8)

Al igual que las propiedades de los sólidos que caracterizaban a las instituciones sociales antiguas y creadas en la Modernidad, las propiedades de los líquidos para Bauman pueden caracterizar la estructura de la cultura contemporánea. En la fase de la Modernidad sólida, por ejemplo, el espacio podía importar más que el tiempo, Bauman toma como referencia en éste punto los procesos de fabricación en las instalaciones fordista. Por lo general se tiene la idea de los procesos de fabricación fordista basados en la relación, tiempo/ejecución para reducir los costos de producción. Es decir, que el modelo fordista de producción se basaba únicamente en la búsqueda de reducir el tiempo de construcción (mediante ensamblaje) de productos para producir mayor cantidad a más bajos costos. Pero en realidad detrás de ésta búsqueda de disminución del tiempo, la organización rígida del espacio posibilitaba la aceleración productiva.

La fábrica fordista era el espacio que estaba organizado en base a los principios racionales de la funcionalidad y del cálculo racional de los efectos, de la organización (logística) del personal y la disposición meticulosa de los instrumentos de trabajo para lograr una mayor productividad. De éste modo para Bauman el modelo fordista era:

Un sitio de construcción epistemológica sobre el cual se erigía toda la visión del mundo y que se alzaba majestuosamente dominando la totalidad de la experiencia vital. (...) Con su meticulosa distinción entre planificación y ejecución, iniciativa y cumplimiento de las órdenes, libertad y obediencia, invención y decisión, con su apretado entrelazamiento de los opuestos en cada una de esas oposiciones binarias y con su fluida transmisión de ordenes desde su primer elemento hasta el segundo de cada par, era el mayor logro hasta el momento de una construcción social tendiente al orden. (Bauman, 2003:62).

Un modelo de organización y producción que en la fase de la Modernidad sólida se convirtiera en modelo de un orden social a nivel general como a nivel individual. Si bien el modelo fordista nos sirve para caracterizar la expresión por excelencia de la Modernidad sólida y pesada su disolución puede brindarnos elementos que nos ayudarían a hacer lo mismo respecto a la Modernidad líquida que es el tema que nos ocupa en este punto. *“En su etapa pesada -nos dice Bauman-, el capital estaba tan fijado a un lugar como los trabajadores que encontraba. En la actualidad, el capital viaja liviano, con equipaje de mano, un simple portafolio, un teléfono celular y una computadora portátil”*. (Bauman, 2003:64)

Como vemos la diferencia es radical aun cuando se hable del mismo sistema capitalista de producción. La diferencia se nota claramente entre la solidez en la producción de capital del primero debido al control, investigación, ordenamiento y disposición desde un asentamiento o núcleo en el espacio, y la levedad, fluidez y ligereza del segundo. Bauman considera que la Modernidad líquida entre otras cosas consiste en una conquista del tiempo sobre el espacio; así en el modelo fordista la racionalización del espacio tenía como efecto la disminución del tiempo en la producción de objetos de consumo, en la economía actual basada en el

mercadeo, las transacciones, inversiones, ventas, alianzas y demás operaciones no tienen la necesidad de tener un núcleo en el espacio. En cualquier parte del mundo siempre que se esté conectado a una red se puede llevar a cabo operaciones que antes implicarían desplazamiento por el espacio, pérdida de tiempo y establecer relaciones “cara a cara” (presenciales).

El capitalismo pesado de la Modernidad sólida cede ante las nuevas tendencias en la negociación, especulación de la bolsa, y del mismo trabajo que cambia drásticamente. Así en el fordismo la empresa necesitaba la ubicación, la pertenencia y “fidelidad” del obrero a la fábrica, en el capitalismo liviano o líquido, las empresas otorgan más libertades a los trabajadores, incrementan los incentivos y los ascensos, los períodos de vacaciones y flexibilizan el horario. Todas estas medidas se realizan para que el trabajador esté más “ligero” y pueda producir más, y en igual medida las condiciones del trabajo se transforman, las ataduras al trabajo, los horarios extendidos y toda una vida dedicada en un puesto laboral durante la fase de la Modernidad sólida no tienen existencia en la actualidad.

Los trabajos son cada vez más inestables y poco duraderos, o bien, hay compañías que venden sus productos mediante estrategias desarrolladas de mercadotecnia que reúnen un gran número de vendedores sin establecer una vinculación sólida en la fábrica o compañía. Este punto es interesante porque se asocia directamente con la individualidad moderna. Las compañías actualmente aprovechan la falta de interés de los individuos contemporáneos por pertenecer sólidamente a un determinado grupo social o a una institución, empresa o fábrica en particular en tanto que buscan expresar al máximo la emancipación, libertad e individualidad, por lo cual buscan las formas de mantener este estado y encuentran que las compañías brindan “ser jefe de su propio negocio”, “ser dueño de su propio tiempo y horario” y “ganar tanto como usted quiera con el mínimo esfuerzo”.

Las compañías contemporáneas en principio no contradicen la individualidad al fijar al trabajador a un puesto, a una cadena de mando y control o a un aparato que ha de ser operado manualmente, por el contrario, promueven la individualidad y la libertad al “ser su propio jefe” y darse a sí mismo sus propias metas. No niegan ésta clase de compañías la individualidad y la libertad del trabajador al “esclavizarlo” en los engranajes de la producción, lo liberan de ellas con la promesa de mayores niveles de autonomía; por supuesto que para la mayoría de personas esta iniciativa ha de representar un avance significativo para su autonomía, libertad e individualidad, y que al contrario de la fase sólida de la Modernidad, éstos conceptos se han llevado a la práctica no a manos de los principios revolucionarios basados en el trabajo comunitario sino a un nivel individual.

Así, la noción del trabajo rutinario, duradero, a largo plazo, el esfuerzo y cansancio implícito se derrumban al otorgar a los individuos el vender productos, contestar

los servicios al cliente o simplemente recreación¹ desde el confort de su propio hogar. Los lazos que ataban al trabajador a la fábrica en la Modernidad sólida se diluyen gracias a la flexibilidad y conquista del espacio que posibilita formas más ligeras de sostenibilidad al individuo contemporáneo. Por lo cual, el trabajo o los modos de ganarse la vida no dependen en este sentido de los horarios estrictos, la constancia y abnegación del trabajador a su lugar de trabajo, sino de las oportunidades que brinda el sistema económico actual al hacer que el espacio se diluya frente a la importancia de hacer dinero en poco tiempo.

El espacio sólido, rígido, estrictamente segmentado, limítrofe, funcional, medio de intersubjetividad, con centros de gravedad y jerarquías establecidas, constituyó un horizonte de conquista que implica grandes esfuerzos en la movilidad y desplazamiento². Así el capitalismo sólido tenía como una de sus finalidades la producción más rápida y eficiente de objetos y mercancías, así como llegar a los últimos rincones del globo, la conquista del tiempo sobre el espacio no se daba sin grandes esfuerzos, cuestión que -de acuerdo a Bauman- parece lograda en la fase líquida de la Modernidad y que implica profundas transformaciones en la cultura moderna. Los medios por los que se logra esta conquista obedecen a las nuevas formas de comunicación en las cuales se posibilita realizar acciones, ejecutar decisiones, ajustar programas, acceder a informaciones y efectuar movimientos comerciales sin estar presente en un espacio concreto.

Como generalmente ha ocurrido respecto a la incorporación de tecnologías diseñadas para usos comerciales, bélicos o experimentales en el seno de la dinámica social, las nuevas formas de comunicación transforman los modos de relacionarse y de “ver” el mundo. Así las relaciones interpersonales en su sentido común se pueden ver “fracturadas” por los nuevos espacios de intersubjetividad que proveen las “redes sociales”; en estas redes no es absolutamente necesario establecer relaciones sólidas de amistad o de amor, no importa tanto el contacto

¹ Desde las hot-lines que ofrecen la oportunidad de ganar dinero desde la comodidad del hogar y en los horarios establecidos por quien atiende las llamadas, hay variantes que pueden mostrar cómo las oportunidades de ganar dinero en la actualidad prescinden de la noción sólida del trabajo asociado a la fábrica, al esfuerzo, larga duración y pocas oportunidades de ascenso; por ejemplo una clara expresión de aquello que nos referimos se encuentra en el hecho de que la tendencia de muchas jóvenes en países como Corea encuentran oportunidades no laborales sino económicas en los servicios que prestan por la webcam, así una de ellas llega a ganar un estimado de 9.300 dólares al mes por mostrarse almorzando online, los gastos del público son por “la retransmisión en vivo y en directo de personas que se pegan enormes festines y al mismo tiempo charlan con la gente que los observan”. Véase: http://actualidad.rt.com/ultima_hora/view/119265-chica-coreana-9000-dolares-comida-delante-camaras-internet.

² Al respecto puede mirarse la forma en cómo Marx y Engels en el *Manifiesto del partido comunista* (1948) narran la dinámica de la Modernidad de una forma sintética pero en la que se incluyen algunos elementos que pueden caracterizar la fase sólida de la Modernidad como Bauman la ha designado en su obra. Así la conquista del espacio por parte del capital implicaba la movilidad de enormes máquinas a vapor, cruceros de carga con la finalidad de extender el sistema de producción más allá de los centros que lo producían. Por supuesto, las exportaciones realizadas por carretas eran demasiado lentas comparadas con la máquina a vapor y ésta demasiado anclada a la tierra comparada con un transatlántico, las conquistas del espacio se van realizando en la medida en que se conquista el tiempo.

directo entre los individuos como el flujo y marea de “perfiles” que circulan en los espacios virtuales. Estas redes pueden “conglomerar” una cantidad exorbitante de individuos que pertenecen a otras redes y otros grupos, a “asociaciones” de distinta índole, de establecer lazos sentimentales con distintas personas y hasta de grupos que pueden movilizarse expresamente en una manifestación política, pero en todo este torbellino de redes e individuos capaces de movilizarse en distintos grupos y medios virtuales para Bauman falta el *compromiso*; en sus palabras:

La Modernidad pesada mantenía el capital y el trabajo dentro de una jaula de hierro de la que ninguno podía escapar. La Modernidad liviana sólo ha dejado a uno de ellos dentro de la jaula. La Modernidad “sólida” era una época de compromiso mutuo. La Modernidad “fluida” es una época de descompromiso, efusividad, huida fácil y persecución sin esperanzas. En la Modernidad “líquida” dominan los más elusivos, los que tienen la libertad para moverse a su antojo. (Bauman, 2003:129)

El individuo de la Modernidad líquida tiene como una de sus características esenciales la falta de compromiso. No sólo del compromiso que implican las relaciones amorosas entre dos personas sino también del compromiso político, por tal razón vemos que la apatía política de muchos jóvenes no sólo se da en la medida en que la desconfianza por los políticos y partidos tradicionales aumenta sino que también hay que ver que la falta de compromiso hace parte de la estructura de la individualidad contemporánea. Ahora bien, esta falta de compromiso también se expresa en el trabajo o los modos en los que este se presenta, pues el trabajo que posibilita “ser el dueño de su propio tiempo” y “fijarse sus propias metas”, el trabajo liviano y “libre” no posibilita condiciones adecuadas y sólidas para que los individuos establezcan relaciones intersubjetivas que impliquen un compromiso social para poder establecer formas de organización política, valores comunes e ideales a largo plazo.

De igual modo que en la conquista del espacio por parte del tiempo en la Modernidad líquida, la conquista del espacio público por parte del espacio privado es una característica esencial de nuestro tiempo. Las consecuencias son casi idénticas a ruptura del individuo contemporáneo con los medios y relaciones de producción. Los individuos con ingresos independientes no son una amenaza para el orden social y para el statu quo como ocurriría en una sociedad en la que gran parte de su economía depende de la producción fabril proletaria; los trabajadores en una compañía luchan por mantener cada uno de ellos sus puestos de trabajo y no por las condiciones laborales de todos los empleados, es decir, que el interés de los individuos se sobrepone a los de la totalidad de las personas trabajadoras. Por lo cual, los trabajadores no articulan sus condiciones adversas de trabajo con los de la totalidad de la que hacen parte, una de las posibles causas de esta falta de interés puede radicar en los beneficios y estrategias que las empresas implementan para mantener al personal adscrito a la compañía a la vez que le brinda la ilusión de libertad y autonomía respecto a la jerarquía laboral.

Por otro lado también hay que mencionar un hecho bastante importante, en la fase sólida de la Modernidad el trabajo estaba asociado con el sistema capitalista, éstos mantenían relaciones de retroalimentación. El sistema capitalista era inconcebible sin el trabajo y éste último en su forma moderna no era pensable sin las condiciones económicas y culturales del capitalismo, y si bien en la Modernidad sólida esta relación se presentaba como un fuerte lazo de compromiso entre capital y trabajo, en la Modernidad líquida entre el capital y el trabajo hay una disociación que deja libre y autónomo al primero, y dependiente o subordinado al segundo. El juego de reglas y condiciones del mundo laboral queda dictaminado por los principios del capital fluido y ligero, y éste promueve dentro del mundo del trabajo tanta incertidumbre y vértigo como el apostador en la bolsa de valores.

La dinámica del capital, en este sentido, no permite que se cristalice posibilidad alguna de asociación fuerte ni en el capital mismo como tampoco en el mundo laboral. El capitalismo ligero de la Modernidad líquida produce sus objetos con la fecha de caducidad en su etiqueta, sentencia que nada dura o debe hacerlo, que todo es reemplazable y que no hay ninguna necesidad de pensar en bases firmes y fuertes para los asuntos más diversos de la vida. Así lo transitorio inunda también el mundo del trabajo, el mundo que desde mediados del siglo XIX hasta hace poco podía decir que era una fuerza política firme. En palabras de Bauman:

Cuando el empleo de la mano de obra se ha vuelto precario y transitorio y ha sido despojado de toda perspectiva firme (y menos aún garantizada) de futuro y por tanto se ha vuelto episódico; cuando prácticamente todas las reglas concernientes al juego de ascensos y despidos han sido torcidos o alteradas antes del que juego termine, la lealtad mutua y el compromiso tienen pocas posibilidades de brotar y echar raíces. (Bauman, 2003:158)

No sólo se trata de lealtades y compromisos -como se había manifestado- al interior del trabajo, sino también en las relaciones intersubjetivas, sociales y políticas. La Modernidad líquida se caracteriza por la fragmentación de relaciones humanas e institucionales en las que los individuos pierden la confianza en las segundas a la vez que son casi incapaces de establecer relaciones fuertes y duraderas con sus semejantes salvo por episodios esporádicos.

Este ambiente muestra que el mundo del trabajo se convierte en una de las expresiones de esta “fractura” en la que el trabajo mismo es arrastrado por las corrientes livianas pero fuertes del capital, en que en el mismo trabajo es casi imposible establecer relaciones con otros individuos para realizar asociaciones políticas que protesten contra las condiciones de trabajo y luchen por la transformación de las condiciones sociales, y anticipa que éste problema de poder relacionarse y organizarse políticamente gracias a la primacía de la individualidad sobre la totalidad del “gremio” o la “clase social” es una clara expresión de la apatía de los individuos contemporáneos frente al compromiso público.

2. EL TRABAJO EN LA FASE SÓLIDA DE LA MODERNIDAD

El objeto de éste apartado es acercarnos a la transformación del concepto del trabajo en la Modernidad líquida de acuerdo a Zygmunt Bauman. Para ello se ha dividido éste capítulo en dos apartados, en el primero se habla del concepto del que nos ocupa desde la perspectiva de la *ética del trabajo* que fue uno de los pilares para la configuración de la sociedad moderna, en el segundo apartado se hablará del mismo en las condiciones de la Modernidad líquida resaltando las diferencias existentes.

2.1 LA ÉTICA DEL TRABAJO COMO PROCESO CIVILIZADOR.

El título de éste apartado necesariamente exige una aclaración que tiene que ver con los fundamentos de la Modernidad en su fase sólida; la Modernidad no sólo tiene “un” fundamento único, por el contrario, se muestra como un fenómeno complejo, de hecho el mismo Bauman admite que en su análisis de *La Modernidad líquida* (2003) sólo se detiene en el examen de cinco conceptos que presentan cambios importantes respecto a cómo eran concebidos en la fase sólida de la Modernidad, y aunque los unos tengan que ver con los otros para fines de este escrito sólo nos vamos a detener en el concepto del trabajo. Este es uno de los conceptos principales mediante los cuales es analizada las transformaciones de la Modernidad respecto a la época anterior y también las transformaciones que ha sufrido la misma Modernidad en la época actual.

Otra de las aclaraciones que es pertinente realizar es que este apartado se basa en la ética del trabajo analizada por Bauman en su obra *Trabajo, consumismo y nuevos pobres* publicado en su idioma original en 1998 y la versión castellana realizada en el año 2000. Este libro es anterior a *La Modernidad líquida* por lo cual en él no se hace mención directamente a los conceptos de “Modernidad sólida” y “Modernidad líquida” a los que se ha hecho alusión a grandes rasgos en las páginas anteriores. Sin embargo, se puede apreciar que en esta obra anterior al texto *La Modernidad líquida*, los análisis de Bauman comienzan a describir los procesos “duros”, “mecánicos”, “disciplinados”, “rigurosos”, “fundamentales” y “sólidos” de la Modernidad en su primera fase, por lo cual se considera -si se permite el atrevimiento- que el papel de la ética del trabajo es a la vez fundamental en el desarrollo del trabajo y de la sociedad en la Modernidad sólida.

Bauman se interesa al menos por tres aspectos de la Modernidad, el papel del trabajo en el desarrollo de la sociedad moderna, cómo incide el trabajo en la conformación de la pobreza, los cambios que esta manifiesta en distintas sociedades y la figura del pobre que en un principio se consideraba sencillamente como alguien sin trabajo y ahora se considera como consumidor que es expulsado del mercado. Estos temas tienen mucha relación con los análisis de la Modernidad líquida en tanto que ésta es considerada desde una *sociedad de consumidores*

“cuyas opciones de vida se construyen sobre opciones de consumo”, En palabras de Bauman:

Una cosa es ser pobre en una comunidad de productores con trabajo para todos; otra, totalmente diferente, es serlo en una sociedad de consumidores cuyos proyectos de vida se construyen sobre opciones de consumo y no sobre el trabajo, la capacidad profesional o el empleo disponible. Si en otra época ‘ser pobre’ significaba estar sin trabajo, hoy alude fundamentalmente a la condición de un consumidor expulsado del mercado. La diferencia modifica radicalmente, tanto en lo que se refiere a la experiencia de vivir en la pobreza como a las perspectivas y oportunidades de escapar de ella. (Bauman, 2000:11)

No obstante hay que mencionar también que el tema que nos interesa no recae exclusivamente en el fenómeno de la pobreza aunque tengamos plena consciencia que muchas de las manifestaciones sociales y reformas políticas tienen como causa el combatir la pobreza. Lo que por ahora se nos presenta como interesante es la relación entre la ética del trabajo y la Modernidad sólida, cómo la disciplina del trabajo ayuda a formar parte de ese complejo universo que se denomina Modernidad. En este sentido el papel del trabajo en la fase de la Modernidad sólida implicaba un medio por el cual se podía escapar del estancamiento productivo propio del trabajo manual o artesanal al que se le considero como un modo de pobreza, a la vez que fue generando otra modalidad de pobreza basada en la falta de trabajo o en el problema de los trabajos mal remunerados y la explotación laboral que han sido causas de descontento social e intentos de revolución política.

Bauman presenta la sociedad en la que se gesta la nueva modalidad de trabajo como una “sociedad de productores” respecto al modo en cómo se realizaba el trabajo en la sociedad pre moderna. En esta última el trabajo era ejercido de acuerdo a la satisfacción de las necesidades inmediatas del artesano lo cual generaba la disposición libre del tiempo en la ejecución de las labores manuales, en otras palabras, el artesano sólo trabajaba para poder obtener los objetos y productos necesarios para su subsistencia y no sentía la necesidad de ir “más allá” de la satisfacción de sus necesidades primordiales, en este sentido, el artesano se ocupaba de su trabajo de acuerdo a una disposición libre de su tiempo a la vez que éste le sobraba para la “holgazanería” en su vida cotidiana.

En la sociedad moderna en su fase sólida -si así se puede decir- esta disposición libre del tiempo era vista con desdén no sólo por la clase burguesa sino también por los teóricos modernos que promovían una ética del trabajo totalmente diferente al ejercicio artesanal pre moderno. Ésta ética tenía como principio que los individuos no han de *conformarse* con la satisfacción inmediata de las necesidades humanas, que no hay que *limitarse* a satisfacer las necesidades propias sino que hay que pensar en *futuro* y en las *oportunidades* que el trabajo ofrece para acrecentar sus bienes y mejorar su condición propia y de paso las condiciones de la comunidad a la que pertenece.

De acuerdo a lo anterior el discurso moderno llegó a considerar que la disposición del tiempo libre fuera de la actividad laboral así como su disposición subjetiva para ocuparse de sus labores obedecía a la irracionalidad del hombre ingenuo y desordenado cuya falta de disciplina y organización conllevaría en principio la improductividad, la esterilidad e ineficacia en su propia vida y para la sociedad. Bauman considera que la actividad laboral y el artesano en la sociedad pre moderna constituían una relación de “romance”, es decir, de unión, correspondencia y libre decisión, un profundo compromiso del trabajador con su trabajo; el hombre se identificaba y era honorable en la medida en que ejercía libremente su actividad con paciencia, dedicación y esmero. El artesano es el individuo cuya producción está dirigida por la emoción y esto le generaba el orgullo, el honor y sentido de su vida.

Se puede decir que en el advenimiento de la Modernidad en su fase sólida, la configuración de una ética del trabajo era necesaria para poder combatir el “desperdicio del tiempo” que el obrero tradicionalista o el artesano podía ostentar puesto que y éste era de absoluta importancia en una sociedad que lo aprovecharía en la producción de los objetos de “consumo” y la acumulación de riquezas. El derroche de tiempo de los artesanos conllevó a los teóricos de los fundamentos de la cultura moderna a ver en ellos éste “privilegio” como manifestación de la irracionalidad, de la falta de organización, horario y previsión para su futuro. En sí la sociedad moderna necesita para su despliegue productivo y material un nuevo tipo de individuo que estuviese disciplinado para poder realizar sus labores de forma eficiente.

“Las condiciones de producción modernas eran distintas a las que caracterizaban a la producción preindustrial, pero con la ética del trabajo y el principio de ‘buen rendimiento’ se intentaba despertar el sentimiento incondicional al trabajo que los artesanos preindustriales sentían en sus actividades laborales”. (Bauman, 2000:19)

El desarrollo de la técnica a partir de los principios científicos se aplicó intensamente a la producción a gran escala lo cual en principio modificaría los modos manuales del trabajo tradicional al igual que el sentimiento que guiaba la relación del artesano con su trabajo y con sus semejantes. Por sólo mencionar un caso para la consideración de la modificación de las relaciones intersubjetivas hay que pensar en la formación de las clases sociales, de los dueños de los medios de producción y los obreros, los primeros adquirirían privilegios económicos y sociales y los segundos tenían que vender su fuerza laboral a éstos, ponerse a su servicio no por lealtad sino por necesidad de supervivencia en un mundo guiado por la competencia desmedida.

En las industrias modernas el obrero, en este sentido, no tiene una relación “romántica” con su trabajo (tampoco con sus empleadores) sino que la producción industrial estaba regida por la relación *costo-beneficio*. De hecho aún lo está, no hay producción dentro del sistema capitalista que pase por alto el principio de la maximización de los beneficios y merced a la minimización de los costos, pero el

tono en el que se presenta ahora este principio es “humanista”³ (más adelante se retomará éste punto). Bauman se centra en el impacto psicológico que tiene el advenimiento de la relación costo-beneficio en la Modernidad y considera que la estructura emocional en la relación con el trabajo del artesano constantemente chocaba con los nuevos modos de producción así que los esfuerzos teóricos de la Modernidad deberían hacer que la adaptación a la maquinaria, a las jornadas laborales y jerarquías de mando debían ser lo menos “traumáticos” posibles para el obrero.

La tarea de la ética del trabajo era conseguir las formas en las que se puede adaptar al artesano a los nuevos modos de producción y con ello realizar profundos cambios en la sociedad. Bauman considera que la ética del trabajo se planteó como una “norma de vida” basada en “dos premisas explícitas y dos presunciones tácitas” que exigían una determinada conducta acorde con los nuevos intereses de la cultura moderna, estos es, la producción y “progreso” de la humanidad basados en la racionalidad eficiente. La ineficiencia es contraria a los ideales de la Modernidad en su fase sólida, es irracional de acuerdo a los postulados modernos de producir en el menor tiempo la mayor cantidad de cosas con los costos más bajos y la tasa más alta de beneficios. El obrero moderno necesitaría de acuerdo a las exigencias del nuevo orden cultural basado en la producción eficiente una “norma de vida” acorde con éste principio. Las premisas y presunciones tácitas se resumen en lo siguiente:

✓ **Primera premisa:** *“Si se quiere conseguir lo necesario para vivir y ser feliz, hay que hacer algo que los demás consideren valioso y digno de pago. Nada es gratis”.* (Bauman, 2000:17)

✓ **Segunda premisa:** *“Está mal, [...] es necio y moralmente dañino, conformarse con lo ya conseguido y quedarse con menos en lugar de conseguir más; que es absurdo e irracional dejar de esforzarse después de haber alcanzado la satisfacción; [...] no es decoroso descansar salvo para reunir fuerzas para seguir trabajando. [...]. Trabajar es bueno, no hacerlo es malo”.* (Bauman, 200:17)

✓ **Presunción tácita 1:** *“La mayoría de la gente tiene una capacidad de trabajo que vender y puede ganarse la vida ofreciéndola para obtener a cambio lo que merece; todo lo que la gente posee es una recompensa por su trabajo anterior y por estar dispuesta a seguir trabajando”* (Bauman, 2000:17), y *“La mayor parte de la gente cumple con sus obligaciones y sería injusto que compartiera sus beneficios o ganancia con los demás”.* (Bauman, 2000:18)

³ No se quiere decir que la producción capitalista de la Modernidad en su fase sólida sea mucho más “inhumana” y “explotadora” que la producción en la fase líquida de la Modernidad, solamente que en esta última hay muchos cambios operados en el mundo del trabajo que brindan la ilusión de un sistema productivo no explotador, más “humano” y no contradictorio con los ideales de libertad e individualidad. Si esto es verdad o no sólo se logra vislumbrar con el análisis crítico de las promesas que brinda la producción y economía actual.

✓ **Presunción tácita 2:** “*Sólo el trabajo cuyo valor es reconocido por los demás (trabajo por el cual hay que pagar salarios o jornales, que puede venderse y está en condiciones de ser comprado), tiene el valor moral consagrado por la ética del trabajo*”. (Bauman, 2000: 18)

La ética del trabajo implicaba una norma de vida que había de seguirse al pie de la letra, le decía al artesano que disponía de su tiempo libre que lo estaba desperdiciando, es más, que está en la condición de recibir algún beneficio extra al vender su fuerza de trabajo durante jornadas más extensas para alcanzar su felicidad. Así la ética del trabajo propugnaba por trazar un puente entre la entrega incondicional del artesano a su trabajo con los nuevos modos de producción fabril mediante la disciplina laboral. La ética del trabajo mostraba el trabajo como una virtud que podía ser compensada materialmente, la disciplina implicaba la entrega del obrero a su trabajo mediante una rutina, una relación mecánica y una jerarquía, por ello:

(...) la ética del trabajo sirvió a políticos, filósofos y predicadores para desterrar por las buenas o las malas (o como excusa para hacerlo) el difundido hábito que vieron como principal obstáculo para el nuevo y espléndido mundo que intentaban construir: la generalizada tendencia a evitar, en lo aparente, las aparentes bendiciones ofrecidas por el trabajo en las fábricas y a resistirse al ritmo de la vida fijado por el capataz, el reloj y la máquina. (Bauman 2000:18)

Los trabajadores tradicionales/artesanos por su disponibilidad del tiempo se resistían al ritmo de la vida que la producción fabril implicaba bajo la figura del “capataz” que representaba una clara *jerarquización* en las relaciones laborales en la cual al obrero se le dice qué hacer, se le vigila e insta a trabajar más duro y rápido por otros individuos; la figura del “reloj” hace pensar en el control de las actividades del obrero, la entrada, salida y los descansos así como en el afán de producir más rápido y mejor; la figura de la “máquina” refleja la nueva relación del obrero con su trabajo, una relación rota por la mediación del aparato técnico que fija un ritmo diferente en la producción a la que el obrero tiene que amoldarse. La Modernidad en su fase sólida tiene un momento en que es producto de las fuerzas emancipadoras del hombre y otra en que las instituciones creadas exigen la adaptación y entrega del hombre a ellas.

La ética del trabajo no era un simple proyecto para trazar un puente entre la pasión del artesano por su labor y los nuevos modos de producción sino que se concibió como una imposición que desmentía sus ideales de mantener el sentimiento y libre voluntad de la producción preindustrial. Se intentaba volcar la habilidad del trabajador preindustrial o tradicional en el cumplimiento que otros individuos imponían y controlaban, así para Bauman “*un resultado de la introducción de maquinarias y de la organización del trabajo en gran escala es el sometimiento de los obreros a una mortal rutina mecánica y administrada*”. (Bauman, 2000:22). La Modernidad sólida, pesada y racional (“instrumentalmente” hablando) en base a su principio de eficiencia imponía el control estricto, la

vigilancia, organización espacial, la administración del tiempo y una pertenencia total a las instituciones, el mundo del trabajo no ha sido ajeno a estas determinaciones y exigencias del mundo moderno especialmente porque esta actividad era responsable en gran medida de sostener la economía moderna.

Mientras el artesano daba sentido a su trabajo, podía fijar sus propias metas y disponibilidad de tiempo mediante el control de las tareas diarias el obrero industrial, por el contrario, tenía que obedecer sin pensar la cadena de mando, tenía privación por el reconocimiento y orgullo del trabajo bien hecho y tenía la obligación de cumplir tareas cuyo sentido se le escapaba, la ética del trabajo en el fondo intentaba imponer el control y la subordinación en la vida práctica y por ende exigía la renuncia de la libertad del obrero. La libertad o emancipación que había sido uno de los conceptos fundamentales en la constitución de la Modernidad en el mundo laboral es reprimido en aras del “progreso” social; la mentalidad del “dominio de la naturaleza” implícito en el concepto moderno del trabajo se extendía en el mundo laboral en el dominio y control del tiempo libre para hacer obreros más productivos.

Dado lo anterior la ética del trabajo era una disciplina que se enfrentaba al problema de “educar” a los trabajadores no disciplinados a un régimen mecánico y tedioso, por lo cual constituía una negación de la legitimidad de las costumbres en el campo del trabajo y la instauración de una nueva moral; Bauman al respecto considera algo muy pertinente, esto es, que la Modernidad en su formación (y como ya habíamos visto a grandes rasgos en el capítulo anterior) desintegra la legitimación de antiguas costumbres, normas e instituciones para instaurar otras y que éste proceso era visto como la formación de la civilización moderna en detrimento de las costumbres “estáticas” o “lentas” del hombre pre moderno, así los intelectuales.

“Quienes contribuían a la opinión ilustrada de la época coincidían en que los trabajadores manuales no estaban en capacidad de regir su propia vida. Como niños caprichosos o inocentes, no podían controlarse ni distinguir entre lo bueno y lo malo, entre las cosas que les beneficiaban o les hacían daño”. (Bauman, 2000: 24)

El mundo del trabajo la fase de la Modernidad sólida implicaba que el individuo si no quería perecer debía trabajar, que era necesario y bien visto el que vendiera su fuerza laboral a quienes podían pagarla y más aún, que una vida de trabajo arduo y disciplinado podría garantizar el progreso personal y la felicidad del trabajador y de la nación. De este modo, la ética del trabajo llegó a ser reconocida como “*un proceso civilizador*” (Bauman, 2000:25), la Modernidad se expresaba en una cultura productora en gran escala, pero toda esta producción exigía que al menos los trabajadores se entreguen sin medida ni consecuencia al proceso de producción, que pierdan la libertad de disponer a voluntad de su tiempo y actividades.

Por un lado en la constitución de la Modernidad sólida, el concepto de emancipación o libertad implicaba desatarse de las ataduras de las costumbres,

normas e instituciones pre modernas, a la vez llevaba implícita la necesidad de construir nuevas instituciones, costumbres y responsabilidades una vez liberado el individuo de los lazos comunitarios pre modernos pero este proceso implicaba incluso el sacrificar la emancipación ganada en la Modernidad. En otras palabras, se puede comprender la reacción romántica contra la racionalidad moderna al hipostasiar la Edad Media porque en ésta el trabajador al menos podía disponer de su tiempo y no estaba sujeto al capataz que representaba esa parte de la estructura social que ordena, regula y dirige a los otros, tampoco estaba determinado por la relación de costos-beneficios. El artesano preindustrial gozaba de más libertad y tenía un sentido de su trabajo al contrario del obrero del régimen fabril dependiente de órdenes externas y de la máquina. Formar a un individuo que acepte la dependencia jerárquica de las relaciones de producción así como de la máquina fue la tarea de la ética del trabajo en la fase sólida de la Modernidad.

2.2 EL PAPEL SOCIAL DEL TRABAJO EN LA MODERNIDAD SÓLIDA

Bauman llama la atención acerca de una tendencia general, se piensa que las fábricas así como las fuerzas productivas coordinadas en éstas tienen como labor la producción de riqueza material, es decir, de la transformación de las materias brutas en materias primas y éstas en objetos de consumo mediante la energía empleada en el control de las fuerzas naturales y las fuerzas humanas (el trabajador y la jerarquía en las relaciones de producción). Sin embargo para Bauman el papel de las fábricas antes que la producción material de bienes producía o moldeaba en gran escala otro tipo de “productos” que pasan desapercibidos ante la mirada superficial del análisis social, esto es, las fábricas mediante la disciplina del trabajo impuesta moldeaban a sujetos dóciles que el Estado moderno necesita, “la gente sin empleo era gente sin patrón, gente fuera de control: nadie los vigilaba, supervisaba o sometía a una rutina regular, reforzada por oportunas sanciones” (Bauman, 2000:35). El papel social del trabajo en la Modernidad sólida no se reducía en modo alguno a la producción de la riqueza material que la sociedad buscaba afanosamente, sino que en primera instancia el trabajo y sus focos de producción (las fábricas) debían “producir a los productores”, producir una “sociedad productora”.

Se puede decir que el Estado moderno fundado en el principio de eficiencia ejercía la coerción, el control, la rutina y vigilancia para el funcionamiento “mecánico” de la sociedad, por ellos los proyectos de construir edificaciones para el control y vigilancia (*panópticos*) de los residentes forzados o no tenían como finalidad imponer una determinada conducta por medio de rutinas cronológicamente diseñadas, y que esta conducta se convirtiese en la norma universal de conducta. Bauman considera de éste modo que en la Modernidad en su etapa sólida, “*la fábrica era la principal ‘institución panóptica’ de la sociedad moderna*” (Bauman, 2000:35)

La fábrica producía un determinado tipo de individuo y su método era una rutina cuadrículada, dura, controlada y ordenada impuesta por la ética del trabajo que afirmaba que en los asuntos de la moral el trabajador no podía elegir lo que era bueno o malo para su propia vida. La idea de que el trabajo era lo bueno y el ocio lo malo era una imposición impuesta por la sociedad que necesitaba controlar al trabajador sin control y con tiempo de sobra (artesano), también era necesaria para el Estado moderno que necesitaba ejercer el control y poner dirección a un grupo numeroso de individuos liberados de las antiguas lealtades e instituciones ya derrocadas.

El modelo del trabajo fabril en el que el control, la vigilancia, mandato, dominio, cumplimiento de funciones fue un modelo que se implanto en otras esferas de la vida social. Así la figura del capataz de la fábrica puede encontrar su análogo en el estricto maestro de escuela o el predicador de la Iglesia dominical, en las autoridades policiales, sanitarias o el hospital psiquiátrico; más aún no hay que ir tan lejos para poder apreciar la incidencia de la ética del trabajo y de la modelación del individuo moderno por medio del trabajo para darnos cuenta que incluso el mismo núcleo familiar estaba analógicamente emparentado con la formación de sujetos dóciles y a la vez autoritarios de acuerdo a las jerarquías en las relaciones de producción, así Bauman plantea algo muy interesante:

Si la sujeción de la población masculina a la dictadura mecánica del trabajo fabril era el método fundamental para producir y mantener el orden social, la familia patriarcal fuerte y estable, con el hombre empleado ('que trae el pan') como jefe absoluto e indiscutible, era su complemento necesario; (...) y dentro de esa familia, se esperaba que los maridos/padres cumplieran, entre sus mujeres y sus hijos, el mismo papel de vigilancia y disciplina que los capataces de fábrica y los sargentos del ejercito ejercían sobre ellos en los talleres y cuarteles (...). La autoridad marido/padre, dentro de la familia, conducía a presiones disciplinarias en la red del orden y, en función de ese orden, llegaba hasta las partes de la población que las instituciones encargadas del control no podían alcanzar. (Bauman, 2000:36)

De este modo, la solidez de las instituciones modernas dependía de su buen funcionamiento y éste a la vez del estricto control y vigilancia por las autoridades especializadas en ello, la disciplina y vigilancia características de las instituciones modernas fueron implementadas al núcleo familiar. El control que emanaba de las fábricas se extendió más allá de ellas hacia el control de la sociedad y no sólo en lo que respecta al control de la pobreza, o de la población no apta para el régimen fabril, sino también para disciplinar a los individuos modernos desde diferentes esferas de la vida social y política.

Ahora bien, otro aspecto esencial del papel social del trabajo se encuentra en la formación identitaria de la persona de acuerdo al trabajo realizado. Bauman menciona en *La Modernidad Líquida* cómo el proceso de emancipación de los antiguos estamentos sociales por parte del individuo moderno conlleva a una fragmentación de la sociedad orgánica pre moderna. El individuo emancipado se

encontró en un estado en el que había perdido los antiguos referentes, las normas, costumbres y demás tradiciones sólidas; y en general, el hombre siempre busca estabilidad, seguridad, establecer lazos fuertes y duraderos, pero el estado de cosas resultante del derretimiento de las instituciones tradicionales lo dejaba a la deriva, en la inseguridad, angustia, inestabilidad e indeterminación.

Por esta condición se vio en la necesidad de crear nuevas instituciones más fuertes y sólidas que no pudiesen ser disueltas con facilidad, éstas instituciones fueron las instituciones modernas. El principio sólido con el que se crearon estas instituciones era la implacable razón que encontraría los fundamentos últimos y primeros de todo orden universal y atemporal. El tiempo implica cambio, pero la universalidad de la razón proveería los fundamentos estables, únicos e indiferentes ante el paso del tiempo. Así que la búsqueda de los fundamentos esenciales para la organización social se vio volcada hacia la consideración del Estado moderno, sus principios, límites y posibilidades; el Estado moderno fundado en el derecho universal cobijaría en su seno las diferencias individuales y garantizaría la libertad de sus miembros. La idea era que los individuos se identificaran con el Estado como sus ciudadanos y encontrarán en él una nueva seguridad, una nueva realidad estable y fuerte.

Si bien después de la disolución de las estructuras pre modernas el individuo queda a la deriva, sin pertenencia social, o al menos no tiene como referente un grupo social que ayude a forjar su identidad, la antigua pertenencia a los estamentos sociales de la pre Modernidad (que se reclamaban por “herencia”, “tradicición” o “atribución”) dejó impresa en el individuo moderno la necesidad de pertenencia; la formación de la Modernidad le implicó a los sujetos pre modernos el desarraigarse de sus viejas normas, costumbres, herencias y atribuciones y conformar una sociedad de individuos que la formalidad del Estado de derecho no “llenaba” o complacía respecto a sus necesidades sociales, para Bauman, la búsqueda de arraigo social del individuo moderno lo llevó a la “adhesión” a una determinada clase social:

(...) los individuos en la Modernidad ‘clásica’, una vez ‘desarraigados’ por la descomposición del orden estamental, desplegaron sus nuevas atribuciones y sus nuevos derechos a actuar de manera autónoma en la búsqueda frenética del ‘rearraigo’. (...) No es que escasearan lugares donde acomodar de inmediato a esos individuos. La clase si bien era algo construido y negociable más que algo heredado o a lo que uno ‘nacía’, como sucedía con los estamentos, tendía a sujetar a sus miembros con tanta fuerza y vigor como lo hacían los estamentos hereditarios de la sociedad pre moderna. La clase y el género se cernían más allá del espectro de las opciones individuales; escapar su sujeción no era mucho más fácil que desafiar el lugar de uno en la ‘divina cadena del ser’ de la pre Modernidad. A todo efecto y propósito, la clase y el género era ‘hechos de la naturaleza’ y la labor dejada a la autoafirmación de la mayoría de los individuos era la de ‘encajar’ en el lugar que se les había asignado comportándose tal como lo hacían los otros ocupantes. (Bauman, 2003:38-39)

La Modernidad de éste modo imponía al individuo la tarea de autoafirmarse por sí mismo al romper con el orden estamental, se encontró en la libertad de definir su individualidad por sí mismo, pero la necesidad de re arraigo le llevó a buscar su identidad en la participación de una clase social, sin embargo ésta “elección” del lugar y la comunidad a la cual pertenecer se presentaba a la vez también como una imposición: se “decide” pertenecer, por ejemplo, a la clase trabajadora porque ésta tiene en común los impedimentos económicos y materiales que le posibilitarían a sus miembros el pertenecer a otra clase social. De este modo, el individuo tenía -como dice Bauman- “encajar” en el grupo que le era propio de acuerdo a su situación económica.

La situación económica en gran medida empuja a los individuos a adherirse con sus pares, ésta adhesión era un comportamiento mimético, es decir, que la búsqueda de re arraigo no se creó con respecto a la libertad de los individuos ni con planeación y propuestas de normas y valores que mediaticen la intersubjetividad, por el contrario, fue una conducta masiva y desesperada basada en el paradigma de “hacer lo que los otros hacen”, “comportarse como los otros lo hacen” y “pertenecer al grupo que los otros pertenecen” actuando especialmente bajo la necesidad de buscar seguridad, estabilidad, pertenencia. Claro está, a esta situación se puede sumar la ética del trabajo como elemento catalizador y eje de la vida individual y el orden social (Bauman, 2000:33). Si tenemos en cuenta que la estabilidad y seguridad buscadas se encuentran basadas en el ordenamiento y funcionalidad; así las: *“Personas dotadas de menos recursos, y por lo tanto con menos opciones a su disposición debían compensar su debilidad individual con el ‘poder de la cantidad’ (...). Las privaciones ‘fueron sumando’ (...) hasta cristalizarse bajo la forma de ‘intereses comunes’ que sólo parecían poder ser tratados con un remedio colectivo”*. (Bauman, 2003:38)

Por el momento se puede decir que una de las soluciones colectivas que intentaba aplicar el Estado moderno era el tratamiento de la pobreza con trabajo para todos y esto incrementaría el capital y el poder adquisitivo de la sociedad pues Bauman considera esencial en la Modernidad en su etapa sólida la alianza entre el trabajo y el capital que el Estado administraba. Sin embargo, lo que llama la atención por el momento es que a pesar de que la pertenencia a una clase social sea casi que una forma impuesta de establecer una identidad en lugar de un ejercicio libre y planificado, y en esta situación el trabajo desempeñó un papel fundamental en la presentación y la cotidianidad del individuo moderno, es decir, su trabajo llegaba a decir quién o qué tipo de persona era el individuo que teníamos delante de nosotros, pues *“el trabajo era el principal factor de ubicación social y evaluación individual”*. (Bauman, 2000:34)

Una vez el individuo “elegía” la ética del trabajo como norma de vida para poder ir más allá de sus necesidades inmediatas vendiendo su fuerza laboral en condiciones duras y mal pagadas, el trabajo se constituía en una actividad que atravesaba la vida del trabajador. Hemos mencionado cómo el esquema de las relaciones de trabajo basadas en la jerarquía, vigilancia y control llegaba a imponerse en la vida familiar, y ésta consideración no sólo se imponía en el

mundo privado sino también en las relaciones sociales, era una forma en cómo era o se presentaba un individuo en el medio social y “público” de acuerdo al tipo de trabajo ejercido.

El tipo de trabajo realizado era fundamental para definir aspectos sociales como el lugar que podía ocupar una persona, sus perspectivas o su futuro, “*la pregunta ‘Quién es usted’ se respondía con el nombre de la empresa en la que se trabajaba y el cargo que se ocupaba*” (Bauman, 2000:34). Bauman habla también de la tendencia de la sociedad moderna en lo que respecta a categorizar y clasificar todas las cosas y cómo el trabajo era el referente para llevar a cabo este tipo de acciones de suma importancia para la convivencia, con quién habría de relacionarse cada individuo, quiénes son sus pares o bien quiénes era sus superiores o debía cierto respeto e inversamente, quiénes estaban debajo de él y podía exigirles.

El trabajo decía también con qué clase de vecinos se podía emparentar o bien alejarse, qué tipo de seguridad y estabilidad económica tenía y podía ofrecer el individuo. De este modo los diferentes proyectos de vida estaban guiados por distintas ambiciones pero el trabajo era el eje central que posibilitaba o bien brindaba la esperanza de cumplimiento en función de cual actividad laboral, “*el trabajo era el principal punto de referencia, alrededor del cual se planificaban y ordenaban todas las otras actividades de la vida*” (Bauman, 2000:35). El tipo de trabajo que ejercía un individuo de la sociedad moderna, de acuerdo a Bauman, determinaba en gran medida el sistema de derechos y deberes en el campo laboral, el esquema familiar, normas de propiedad, rutina diaria y en fin todos los aspectos individuales que en última instancia tejían los puentes para la vida social. Expuestas así las cosas no hay que pensar el papel del trabajo en la fase sólida de la Modernidad simplemente desde una perspectiva negativa, es decir, como explotación de una clase social por parte de otra, del trabajo como una nueva forma de esclavitud o bien como el gran mal de la sociedad moderna. Se debe apreciar el papel que desarrolla el trabajo no sólo en la producción material de la sociedad sino también en la producción de los sujetos que harían posible el orden social, la disciplina implementada en el régimen fabril llegaba a extenderse a los aspectos privados del individuo en la vida familiar y en la presentación de éste en la vida cotidiana, la forma en cómo y con quiénes se relaciona para tejer los círculos sociales que le corresponde de acuerdo al tipo de trabajo ejercido.

De igual modo, el papel del trabajo en lo que respecta a la producción material de la sociedad es central puesto que en la fase sólida de la Modernidad la producción de capital estaba determinada por el trabajo intenso; era preciso que la sociedad se movilizara en la producción de bienes, por lo cual, la ética del trabajo desempeña el papel de poder acondicionar a los individuos a una disciplina, orden y control para acabar con las conductas “ociosas” heredadas de la época preindustrial. Inculcar el amor por el trabajo, la conciencia de su necesidad para la vida individual y social y el rol del individuo en la conformación de la sociedad moderna, o sea, como una pieza o engranaje en la sociedad de producción.

Producir bienes, para producir capital era la tendencia de la sociedad de productores, por lo cual el capital en gran medida tenía una relación de reciprocidad con el trabajo, éste tenía la capacidad de transformar la naturaleza en productos y éstos se transformaban en dinero mediante el intercambio; la exigencia (ambición o avaricia también se podría decir) de incrementar el capital necesitaba de incrementar la producción mediante el trabajo. El trabajo y el capital constituyeron una alianza que fueron característica de la Modernidad en la fase sólida; por supuesto, las transformaciones del trabajo y de su papel en la Modernidad líquida implican un cambio en esta relación característica, esto es, la autonomía del capital respecto al trabajo. En el siguiente apartado consideramos esta ruptura generada por una superación de la ética del trabajo mediante el plan de incentivos monetarios al trabajador, lo que va perfilando el individuo consumidor que “compone” la sociedad consumista o líquida.

3. EL TRABAJO COMO MEDIO PARA EL CONSUMO EN LA FASE LÍQUIDA DE LA MODERNIDAD

En este apartado se intenta realizar una aproximación a la disolución de la ética del trabajo por medio de los incentivos materiales o monetarios al trabajador, lo cual, sumado a otras condiciones sociales da pie a las virtudes del consumidor. Para ello, en el primer apartado se presenta el problema de la disolución de la ética del trabajo que había sido el instrumento de “educar” y forjar la personalidad del individuo dentro de una sociedad productora, en el segundo apartado se habla del trabajo como medio de progreso personal en lugar de una acción conjunta en búsqueda del mismo como había sido característico de la fase sólida de la Modernidad.

3.1 LA DISOLUCIÓN DE LA ÉTICA DEL TRABAJO Y LA APERTURA DEL CONSUMISMO

La ética del trabajo conllevaba la implementación de una norma de vida en la constitución del trabajador en una sociedad productora, todo su discurso estaba enfatizado en convencer al individuo de participar activamente en esta sociedad, para ello se mencionaba las bondades de hacer parte de los nuevos modos y mecanismos de producción a la vez que se condenaba toda forma de holgazanería, de disfrutar del tiempo libre y no proyectarse al futuro. La ética del trabajo hacía parte de un proyecto de “convencer” a los individuos a sumarse en el mecanismo de producción de una forma “espontánea”, por decisión y elección. Claro que esta “decisión” no era libre y espontánea, era más bien una necesidad impuesta, se debía trabajar o se moría de hambre.

Bauman señala cómo el artesano en la pre Modernidad disponía de su tiempo libre al no afanarse por ir más allá de la satisfacción de sus necesidades inmediatas, entonces al individuo que se va a incorporar al mundo del trabajo fabril se le incentiva con la condena de la visión inmediata sobre su vida y tiempo, de que si vende su fuerza de trabajo puede “progresar” y obtener mucho más de lo que puede obtener con la actitud tradicional sobre el trabajo y su producto. De este modo, la ética del trabajo se constituía en la norma mediante la cual el individuo podía hacer parte del mecanismo de producción de la sociedad moderna. Se sabe también que una de las críticas constantes a la sociedad moderna tiene que ver con el trabajo fabril que es expresión de un nuevo tipo de racionalidad basada en la organización, control, instrumentación y producción, que este tipo de operación llevado al mecanismo de producción convierte al hombre en un engranaje más de la máquina y por ello pierde paulatinamente su humanidad, es decir, la dimensión de la sensibilidad poética, del sentimiento y comprensión. También se puede decir que la pérdida de la sensibilidad y la conducta mecánica que imprimía la máquina moderna en el individuo tenía una función social determinada por los intereses económicos de la clase burguesa, en otras

palabras, la ética del trabajo incentivaba al individuo a participar en la sociedad productora bajo la promesa de mejorar sus condiciones de vida y obtener “lujos” y propiedades.

No obstante, la situación real demostraba otra cosa, el trabajo era muy mal remunerado, los trabajadores tenían que llevar a sus esposas e hijos a ayudar en él sin que recibiese honorarios extra por este servicio, los horarios agotadores, trabajos forzados y los niveles de pobreza se incrementaban; las promesas no estaban acordes con la situación real. Lo que vivía el trabajador en la fase sólida de la Modernidad era la explotación del hombre por el hombre, una nueva forma de esclavitud ante la cual hubo protestas y manifestaciones. La ética de trabajo condicionaba y disciplinaba al hombre para someterse “voluntariamente” al régimen fabril, a una sociedad que impartía control y producción, y de forma paradójica, que renunciara a reclamar las promesas no cumplidas respecto a la venta de su fuerza de trabajo y las adquisiciones que podía obtener mediante esta actividad.

El incentivo de la ética del trabajo tiene que ver más con la aceptación por parte de los trabajadores de una responsabilidad para con la sociedad y la historia, mediante la entrega en cuerpo y alma en la producción fabril se creaba la sensación de la importancia de su trabajo, de sus funciones y conductas en el desarrollo y progreso material de la humanidad. La entrega del trabajador tenía que ser en alguna medida incondicional, ello garantizaría el aprovechamiento de los “recursos humanos” y la explotación del proletariado por parte de los dueños de los medios de producción. La situación en sí es insostenible por mucho tiempo puesto que la explotación y libertades aparentes conllevarían a los movimientos sociales obreros en busca de mejorar las condiciones de explotación e incluso de revertirlas.

Pero antes de que se concretaran los intentos de revolucionarios y organización por parte de los trabajadores, la tendencia consumista inauguraba un nuevo tipo de sociedad en la que el trabajo sólo desempeñaba un medio cuando no una mercancía más en la cadena de bienes de compra-venta. En la fase sólida de la Modernidad la sociedad productora el consumo aunque excedía con creces el consumo básico del ser humano, es decir, al nivel biológico, se realizaba bajo la condición de que aquel que compraba bienes podía exhibirlos públicamente, se apropiaba de los productos para poder gozar de ellos el mayor tiempo posible, acumulaba bienes que daban la sensación de estabilidad y seguridad, los bienes en sí mismos estaban regidos por la durabilidad. (Bauman, 2007:47)

En cambio en la fase líquida de la Modernidad la sociedad productora cede ante la sociedad consumista que centra el consumo en la apropiación de los objetos e inmediatamente en la pérdida de su vigencia y valor. El desecho seguido casi de inmediato de la apropiación. El problema está en que en la sociedad consumista no hay espacio para la acumulación, tenencia y durabilidad, el estado constante de decisión va acompañado con estado constante de insatisfacción; los productos del mercado satisfacen sólo momentáneamente al trabajador que paga por ellos, o

bien que trabaja, que vende su fuerza de trabajo para poder encontrar en los productos algo de felicidad pasajera. De este modo, el trabajo se convierte en un medio esencial para comprar y vender al contrario de lo que significaba para la fase sólida de la Modernidad, o sea, un modo de vida para poder integrarse en la sociedad y participar en el trabajo conjunto de construir la historia y el progreso de la nación y la humanidad.

Bauman considera que hay dos elementos bien importantes en la acción de consumir: 1. El consumo es en gran medida la apropiación de las cosas, especialmente por medio del dinero, para la satisfacción de nuestros anhelos y deseos; así el dinero posibilita adquirir “las cosas destinadas al consumo, pagar por ellas y de este modo convertirlas en algo de nuestra exclusiva propiedad”. 2. El consumo es una acción de destruir material o simbólicamente los objetos ya sea por el desgaste o por el uso repetitivo, “*cuando dejan de despertar nuestros deseos y pierden la capacidad de satisfacer nuestros apetitos*” (Bauman, 2000:43). En sí, la sociedad productora perteneciente a la fase sólida de la Modernidad era también una sociedad consumista puesto que es la sistematización del trabajo tenía como función principal el poder explotar de una forma mucho más técnica la naturaleza para poder producir objetos de consumo. Sin embargo, la sociedad de la fase líquida de la sociedad presenta un rasgo diferente: pone el énfasis en el consumo más que en la producción.

El énfasis en la producción o en el consumo se ve claramente expuesto en la formación requerida para con los individuos que componen la sociedad, en otras palabras, en la fase sólida de la Modernidad que anunciaba un nuevo modelo de producción a gran escala se necesitaba un determinado tipo de individuo que participase en la producción mediante la apariencia de que su participación era producto de su libre decisión y de una necesidad histórica, por lo cual, la ética del trabajo era el modelo o norma de vida que el individuo moderno debería asumir para garantizar la pertenencia a la nueva sociedad, el modo como la sociedad productora o sociedad de productores “*formaba a sus integrantes estaba determinado por la necesidad de desempeñar el papel de productores, y la norma impuesta a sus miembros era la de adquirir la capacidad y voluntad de producir*”. (Bauman:2000:44)

Bauman considera así que las diferencias existentes entre las fases de la Modernidad tienen que ver en gran medida en las formas en cómo se prepara y educa a los individuos que las componen, esta labor tiene que ver pues con la forma en cómo se pueden *integrar* a las personas a un orden social para otorgarles un puesto y una función al interior de las dinámicas, organización y control de la sociedad. Ahora bien, las características determinantes que pueden mostrar el paso de la sociedad de productores a la sociedad de consumidores tienen que ver con la caída de las instituciones panópticas, es decir, con las instituciones encargadas del control, vigilancia e “instrucción” de los miembros de la sociedad, esto es, la escuela, el ejército, los hospitales, cárceles, hospicios para pobres, etc. Bauman considera que los procesos sociales que sirvieron de trasfondo al desplazamiento del énfasis producción-consumo fueron:

- a. La rápida disminución de los empleos.
- b. La pérdida de la obligatoriedad del servicio militar.

En cuanto al punto (b) hemos de mencionar que el ejército constituía una institución panóptica en cuanto que junto a la fábrica era el espacio en el que se instruía, disciplinaba, controlaba al individuo, se le enseñaba a obedecer órdenes, a respetar las jerarquías y rangos de mando; el ejército pierde la capacidad de disciplinar a la mayoría de la población cuando reemplaza el servicio militar obligatorio por “ejércitos pequeños integrados por voluntarios”. El punto (a) que nos interesa más tiene que ver con la tecnificación avanzada de las fábricas lo cual genera disminución de los empleos en la medida en que las máquinas reemplazan la mano de obra, al aumentar la productividad disminuye en el sentido inverso la contratación de mano de obra.

En la fase sólida de la Modernidad reinaba el capitalismo pesado centrado en grandes fábricas, máquinas inmensas, el afán de conquistar nuevos espacios, instalar nuevos centros de producción, expandir los terrenos, incrementar el número de personal y de máquinas para aumentar el nivel de producción y de capital, mientras que el ejército disciplinaba. La disciplina y obediencia al modo de producción de la sociedad moderna se lograban mediante la impresión en la conducta de los individuos un ritmo cotidiano y monótono, así el control “*lo lograban limitando o eliminando por completo toda posibilidad de elección*” (Bauman, 2000:45). Este tipo de instituciones disciplinarias forjaban al productor o trabajador moderno, y al disminuir su influjo el individuo dispone de la “ausencia de rutina y un estado de elección permanente”, estas son básicamente las virtudes del consumidor moderno.

Pero si bien la pérdida de las instituciones panópticas posibilitaba las virtudes del consumismo, no por ello se puede pensar en que un nuevo orden social se asiente sin cambios profundos en el papel que desempeña el trabajo en la sociedad; como se ha mencionado anteriormente, la ética de trabajo era la norma impuesta para que los individuos modernos se inscriban en un proyecto socio-histórico y esta idea en sí era la que posibilitaba su “explotación”, la que permitía que el individuo trabajase bajo la idea de remuneración y progreso, de tener más de lo que puede tener aunque en la práctica estas ideas impulsadoras de la producción no encontrasen satisfacción más que en las clases dueñas de los medios de producción. Así, Bauman considera que para que la sociedad de consumo que define la Modernidad en su fase líquida fuera posible la perspectiva sobre el trabajo debía cambiar al desplazar su finalidad socio-histórica que exigía compromiso personal y colectivo en la aceptación de un régimen, a un *medio* que posibilite la satisfacción personal, el ascenso social y el enriquecimiento.

La nueva perspectiva del trabajo no se consideraba desde una perspectiva moral, o sea, en cuanto que como predica la ética del trabajo necesitaba del libre sometimiento del trabajador o que éste se sometiera por voluntad propia, sino que como medio de enriquecimiento su valor precisamente era de una característica

pragmática, primaba ante todo para involucrarse en un trabajo y mantenerse en él los incentivos monetarios que la ética del trabajo pasaba por alto. Por lo cual, si la ética del trabajo implicaba en su normatividad que realizar un trabajo era un deber que se haría con entusiasmo y eficiencia, la nueva perspectiva de incentivo económico pasaba por alto el sentimiento de satisfacción moral del trabajador y en su lugar colocaba dinero y éste último brindaría las esperanzas de salir de la pobreza y transformar sus condiciones socio-económicas.

La independencia económica sólo se alcanzaba abrazando el mundo del trabajo, éste no sólo era un deber moral sino que era un medio para dicha independencia. La diferencia de los incentivos monetarios o materiales del trabajo en la fase se diferencia de la ética del trabajo de la Modernidad sólida en que, tal como lo recuerda Bauman:

(...) Los incentivos materiales al trabajo [eran] recompensas a quienes aceptaran obedientes la disciplina de la fábrica y renunciaran a su independencia. Lo que antes se había logrado con sermones -con el agregado o no con la amenaza del palo- se buscó cada vez más a través de los seductores poderes de una zanahoria. En Lugar de afirmar que el esfuerzo en el trabajo era el camino a una vida moralmente superior se lo promocionaba como un *medio de ganar más dinero*. Ya no importaba lo 'mejor'; sólo contaba el 'más'.

Aquello que a principios de la sociedad industrial había sido un conflicto de poderes, una lucha por la autonomía y la libertad, se transformó gradualmente en la lucha por una porción más grande del excedente. Mientras tanto. "*Se aceptaba tácitamente la estructura del poder existente y su rectificación quedaba eliminada de cualquier programa*" (Bauman, 2000:40)

La recompensa material del trabajo, no sólo del salario inmediato sino de las promesas a largo plazo (independencia económica), se convirtieron en el ideal que jalonaba a los trabajadores a realizar, no se trataba de ideas ennoblecedoras acerca del papel del trabajo en la vida moral de los individuos y el desarrollo social sino de tener más dinero. Y este afán de dinero que permeó en la conciencia de los trabajadores afirmaba el sistema capitalista de producción, lo enriqueció y volvió más consistente; este nuevo incentivo desplazó radicalmente la idea de libertad al ponerla en un plano individual y con ello asimilarla dentro del sistema en el que los trabajadores luchaban por los excedentes económicos, desalojó de la actividad laboral la idea de libertad y compromiso socio-histórico hacia el mundo del consumo. Bauman lo resume así:

La nueva actitud infundió en la mente y en las acciones de los modernos productores, no tanto el 'espíritu del capitalismo' como la tendencia a medir el valor y la dignidad de los seres humanos en función de las recompensas económicas recibidas. Desplazó también, firme e irreversiblemente, las motivaciones auténticamente humanas -como el ansia de libertad- hacia el mundo del consumo. Y así determinó, en gran medida, la historia posterior de

la sociedad moderna, que dejó de ser comunidad de productores para convertirse en otra de consumidores. (Bauman: 2000: 41)

De este modo tenemos que los valores propios del individuo consumista se gestan a partir de la disolución de la ética del trabajo por vía de los incentivos materiales o monetarios en un sistema cuyo desarrollo técnico posibilitaba la reducción de mano de obra. A la vez, el dinero ganado mediante el trabajo crea la sensación de libertad y elección, de cumplimiento del postulado según el cual el trabajo es una modalidad de responsabilidad del individuo moderno para construirse a sí mismo, para configurar su identidad y puesto en la sociedad, sólo que ésta sensación de posibilidad de autosuficiencia, emancipación económica y libertad se inscribía en un orden u régimen que planea incluso las elecciones de los individuos, o bien conquista la libertad individual mediante los medios de comunicación que dicen que ha de comerse, vestirse, jugarse, usarse o tenerse creando el “estado de elección permanente”.

Ahora bien, si en la sociedad productora es lícito hablar de consumo entonces ¿por qué Bauman menciona que el tipo de sociedad en la fase sólida de la Modernidad es consumista? La diferencia entre consumo y consumismo radica en el impulso exacerbado del segundo hacia un tipo de consumo cuyos valores se centran en lo volátil, en el juego entre los deseos y las satisfacciones del consumidor dentro del mundo del mercado. En el Estado de permanente decisión o elección no hay nada sólido a lo cual aferrarse, los productos que ofrece el mercado, de acuerdo a Bauman tienen desde su fabricación inscrita la fecha de su expiración, por lo cual no constituyen ninguna referente que ayuden a forjar identidad y menos aún satisfacción más que a breves intervalos de tiempo, en ese sentido, nunca ha de considerarse al individuo consumista el tener satisfecha una necesidad, *“en adelante, importará sólo la fugacidad y el carácter provisional de todo compromiso, que no durará más que el tiempo necesario para consumir el objeto de deseo (o para hacer que desaparezca el deseo del objeto)”*. (Bauman, 2000:46)

Por otro lado, el consumismo en tanto que impulso debe atender al tiempo de consumo, Bauman resalta éste aspecto del consumismo en tanto que de él depende la no satisfacción del consumir y su impulso de consumir más y más. Todo productor (empresario) se esfuerza por producir a gran velocidad los objetos que van a ser destinados al mercado, debe innovar cada vez más en lo que ofrece al consumidor, antes de lanzar un nuevo producto, las maquetas y prototipos del próximo deben estar hechas, a la vez todos los productos deben atender a que la satisfacción que brindan debe ser inmediata sin que se necesiten protocolos para el uso. Una vez alcanzada la inmediatez de la satisfacción del consumidor ésta debe terminar para que éste busque un nuevo objeto de satisfacción. Los nuevos productos deben desviar la atención del consumidor de su adquisición u objeto de deseo y fomentar la impaciencia, el ímpetu y entusiasmo por otras cosas a las ya adquiridas.

Lo que muestra Bauman a nuestro parecer es que la diferencia entre la sociedad de productores y la de consumidores era que en la primera en cierta medida se imponía una disciplina, un mandato o imperativo para buscar las formas de ocupar un lugar dentro de la estructura social, en la segunda, en cambio, el consumismo juega con los deseos y satisfacciones de los individuos para mantenerse vigente. El tiempo mínimo de la satisfacción del deseo a la vez que su culminación en el acto impulsa vertiginosamente el ansia del consumo que puede ser satisfecha en los breves intervalos de tiempo mediante el dinero ganado; al parecer sin dinero no puede haber consumismo pero si consumo en tanto que éste es una actividad esencial en la vida social e individual para preservar la vida, el consumismo es un agregado a las necesidades básicas y las supera con mucha ventaja.

3.2 EL TRABAJO COMO MEDIO DE PROGRESO PERSONAL: LA CONSTANTE INSATISFACCIÓN HUMANA

La propensión de disolver los sólidos es la metáfora empleada por Bauman para caracterizar a la Modernidad, en ella, no sólo se observa la redistribución y reasignación de las estructuras institucionales y tradicionales sino también la disolución amenazadora o que amenaza la relación entre el individuo y la colectividad. La colectividad es fundamental en el análisis de la sociedad contemporánea ya que la identidad del individuo con el colectivo o la comunidad a la que pertenece se disuelve; lo mismo se puede decir del trabajo como un espacio que posibilitaba la colectividad y la identidad de los individuos. Ya hemos mencionado en el capítulo anterior la importancia del trabajo en el proceso de “socialización” del individuo moderno, éste proceso estaba signado por un compromiso socio-histórico que el individuo adquiriría para ocupar un puesto y una función dentro del sistema social, ese compromiso y deber constituía un referente sólido en la existencia del trabajador u hombre común.

La disolución de las instituciones panópticas así como el enfoque material o monetario del trabajo forjaron la nueva caracterización del individuo en la fase líquida de la Modernidad, es decir, el individuo consumista que tiene que corresponder a una sociedad consumista, por lo cual, las tendencias de una sociedad exigen el moldeamiento de los miembros que la componen y así afirmarse y reproducirse. El tema de la identidad entre el individuo y la sociedad a la que pertenece es un tema espinoso, en la fase sólida de la Modernidad el individuo emerge de las cenizas de los estamentos sociales y se le impone la tarea de construir su identidad y ser responsable de sus acciones, la lucha del individuo moderno fue la de “encajar” en el nuevo orden pos tradicional, en cierta medida asumir la ética del trabajo era la jugada necesaria para poder “pertener” e “identificarse” a una sociedad. En ese caso era a la sociedad de productores.

Las nuevas tendencias de la sociedad contemporánea, por el contrario, muestran ser una paradoja. Se puede pensar que a una sociedad consumista le pertenecen miembros consumistas, o bien que las características de los sujetos se expresan en el tipo de sociedad a la que pertenecen; una sociedad consumista está

compuesta por individuos consumistas. En la fase sólida de la Modernidad, el trabajo, el ansia de libertad, la esfera participativa de lo público, el Estado de derecho constituían algunos referentes sólidos en torno a los cuales se adherían los individuos, pero en una sociedad consumista todo fluye, se dilata y pierde en el horizonte incluyendo tanto las instituciones sociales, formas de relación intersubjetiva, y las instituciones políticas. En la Modernidad sólida el individuo al menos pretendía identificarse con una clase social pero sucede que en el mundo del consumo los individuos no se identifican más que en instantes con los objetos que les producen una pasajera satisfacción.

Al interior de la Modernidad líquida todo ideal u horizonte que proyecta el individuo no tiene la consistencia de lo tangible y duradero y el trabajo es una herramienta que precisamente perpetúa esta condición, pues constituye el *medio* por el que el individuo se “vincula” a los procesos de adquisición y producción de la sociedad consumista, con el trabajo intenta satisfacer cada vez de manera instantánea lo que desea. El aquí y el ahora son la clave de la vida moderna, la vida en este sentido, se constituye a partir de una continuidad de deseos que nunca se ven satisfechos; al respecto Bauman considera que: “*La Modernidad no conoce otra vida que la vida hecha: Lo que hacen los hombres y mujeres de la Modernidad es una tarea, no algo dado, y una tarea siempre incompleta que reclama cuidados incesantes y esfuerzos renovados*” (Bauman, 2003:144). En este sentido, todo aquello que se interpone entre el deseo a cumplir y el individuo tiende a la representación subjetiva de lo cosificado, ello necesariamente incrementa la sensación de frustración.

Así en los centros de trabajo el hombre anteriormente se dedicaba a conocer y a modelar su trabajo con dedicación y esfuerzo (el artesano), por el contrario, en la Modernidad líquida el trabajador tiende a ver los objetos como cajas negras cuyas piezas deben ser remplazadas pues no necesita del conocimiento y dedicación sino de la suplantación y de desechar lo que no sirve. En esta instancia, la moda y la tecnología denotan la inconsistencia de la búsqueda de cada proyecto individual bajo la premisa: *Lo que hoy es mañana dejara de serlo*. El síntoma de la necesidad imperiosa del individuo en la Modernidad líquida por adquirir nuevos productos subyace en la búsqueda desesperada de pertenencia al conjunto de quienes guían a la sociedad, de quienes tienen el poder adquisitivo de comprar-desechar-comprar de nuevo y así, sucesivamente.

Por lo anterior, la idea de progreso en la Modernidad líquida radica en los deseos individuales y se distancia del proyecto de mejoramiento común; el progreso no constituye una idea que cobija naciones, sociedades o grupos sociales. El trabajo deja de ser la dimensión humana responsable del avance social y se torna una dimensión productora de futuro personal, de tal suerte que desde la revolución industrial la idea de progreso se somete al acto ejecutado en el presente, pues vislumbrar un futuro mejor dependería de las acciones planeadas, controladas y en última instancia de la capacidad de producir en el tiempo.

Así, la consigna “hacia adelante” que gestaba la idea de progreso en la Modernidad dependía de la conciencia de la eficacia de los procesos de producción mediante el control del tiempo presente; señala Bauman: “*El progreso no representa ninguna cualidad de la historia sino la confianza del presente en sí mismo*” (Bauman, 2003:141). Hemos considerado hasta aquí que la idea de progreso cambia “sustancialmente” entre las dos fases de la Modernidad, en su fase sólida significa la construcción de un *proyecto común*, es el *telos* de la historia. En la fase líquida de la Modernidad el progreso se sustenta en el plano individual, insustancial y perecedero, *por tanto se ejecuta constantemente mediante el trabajo*.

Es claro que el progreso en la Modernidad sólida depende de la planeación temporal y en esa medida de la conciencia misma del tiempo, reflejo de los acontecimientos sociales, individuales y económicos, la implicación entre la planeación del futuro y las condiciones presentes era un modelo científico que operaba de acuerdo al modelo causa-efecto⁴. La ciencia aborda en el siglo xx teorías de la indeterminación de la materia en su parte más elemental, de tal suerte que el tiempo es una categoría subjetiva, deriva del hombre y de él depende su producción y manejo. En este sentido, Bauman señala que el futuro es producto del trabajo, de cada proyecto individual pues sólo en él recae la responsabilidad de cambiar el presente y de ejecutar el acto de ir hacia el progreso. La memoria y la imaginación juegan un papel fundamental en tanto que la primera es la capacidad que permite al individuo distinguir el tiempo pasado que necesita someterse a los cambios, y la segunda es la capacidad que le permite vislumbrar el porvenir y el bienestar.

Ya sin la idea de que el trabajo puede contribuir al mejoramiento de la sociedad, el progreso se alimenta de la convicción en la satisfacción individual, de tal suerte que la idea del orden pierde vigencia y lo fragmentario se instala en la vida humana, cada situación se asume por separado, esto es, de acuerdo a episodios o lapsos cortos de tiempo que se deben consumir una vez llegados, así cada individuo es como señala Bauman “un coleccionista de experiencias”.

Las nuevas teorías provenientes de la economía política permitieron comprender los cambios producidos en la sociedad moderna, ya la fisiocracia era asunto del pasado, ella misma era insuficiente para dar cuenta de la realidad en la que surgía

⁴ En este punto es necesario aclarar, la planeación del futuro requiere al igual que la producción en gran escala un conocimiento aplicado, el conocimiento de las condiciones, de las potencialidades o posibilidades de las cosas o situaciones, así como las medidas requeridas para que las cosas funcionen de éste o tal modo. El modelo científico al que hace alusión Bauman es el modelo determinista de Laplace según el cual, el científico podía predecir los acontecimientos futuros, los movimientos de los fenómenos en una vasta extensión del tiempo conociendo el sistema actual, es decir, el estado presente del fenómeno analizado; en el sentido inverso podía conocer todo el pasado del fenómeno conociendo igualmente el presente, en ambos casos la relación de causa-efecto podía revelar tanto el pasado como el futuro. De igual modo (o análogamente), las condiciones presentes de una sociedad, es decir el nivel tecnológico, productivo, epistemológico, económico, político, etc., son características que incentivadas y aplicadas de esta u otra forma pueden proyectarse al futuro progresivamente por la sociedad.

el significado de la emancipación y del valor de la fuerza laboral como la nueva fuente de riqueza social. Para Hegel la emancipación surge mediante la autoconciencia y el reconocimiento subjetivo del saber absoluto en el que el Estado regula las relaciones entre los sujetos, en tanto que para Marx está en el hombre y sus hechos concretos. Así, cuando se consolidaron los derechos individuales, la conciencia de ello permitió al hombre subjetivarse y comprender que su fuerza de producción tenía las mismas posibilidades de comercialización que las mercancías.

La manera de introducir al hombre a los procesos de producción del capital y de reificar la sociedad consumista inició con la relación entre comprador y vendedor, Bauman señala al respecto que *“para seguir con vida cada una de las partes debió mantenerse en forma para esta transacción: los dueños del capital debían ser capaces de seguir comprando mano de obra, y los dueños de la mano de obra debían mantenerse alerta, saludables, fuertes o con el suficiente atractivo para no alejar a los potenciales compradores”* (Bauman, 2003:155). El contrato de la mano de obra, en este sentido, ya constituía una relación de mercadeo en la que se inscribía la existencia humana: mantenerse saludable para vender su fuerza de trabajo, producir más para ganar lo suficiente para contratar más mano de obra.

Por lo anterior, la conciencia de individualidad perteneciente a la sociedad moderna por una parte permitió concretar el ideal moderno de individuo mediante los marcos jurídicos y políticos proporcionados por el Estado y la democracia; no obstante, también se produjeron los procesos de alienación y cosificación dentro del mundo del trabajo y de las instituciones panópticas. En la sociedad líquida la esencia del trabajo en tanto bien común se transforma en bien individual y medio de adquisición y resolución de los deseos del individuo. Pero tampoco se puede decir que en la fase líquida de la Modernidad el acto de trabajar no sea un medio de explotación, si tenemos en cuenta que las compañías ahora incentivan el trabajo no sólo económicamente respecto al alza del sueldo, las primas, vacaciones, bonos etc., sino también en materia recreación y esparcimiento: talleres de relajación, actualizaciones, conferencias, todas estos beneficios de los que participa el trabajador está destinadas para incrementar logros y competencias que benefician al trabajador porque gana dinero para gastar más a la vez que se beneficia, en una medida mucho mayor, la compañía contratante.

Los derechos individuales y políticos que garantizan el Estado y la libertad configuran el individuo jurídica e ideológicamente, así, en la Modernidad líquida sobre él gira la idea de progreso que se pretende conservar y multiplicar. El individuo es necesario y el trabajo la condición para instalarse en la sociedad un medio de perpetuarse en ella, sin embargo, cada vez es más frecuente la sensación de desarraigo, sin una perspectiva sólida, son nulas las intenciones del individuo de involucrarse colectivamente. Esta es la paradoja de la sociedad contemporánea, ya que permite las condiciones que configuran el individuo y sin embargo esta ópera en un contexto donde se incluye a cada átomo, cada individuo de manera tal que se torna socialmente homogénea. El consumismo como acto individual se multiplica y da forma a la cualidad de la sociedad, todo

individuo consume por una “decisión personal” lo que le apetece y le identificaría, pero en realidad consume productos fabricados en masa, sus decisiones son producto del poder seductor que el objeto ejerce sobre el individuo.

El futuro, es en la Modernidad líquida una dimensión de riesgos, las metas a largo plazo no son viables ya que no existen las garantías que fijen al individuo a la sociedad, en cambio, es permanente la ilusión momentánea de satisfacción, y la disolución de la satisfacción genera en el hombre la angustia, la sensación del vacío porque las expectativas que traza y exige la vida moderna son cada vez más variables y asequible a pocos individuos. Ahora bien, ya que los proyectos del individuo se siguen fundando sobre los valores de lo perecedero, de lo descartable, entre los hombres también se establecen relaciones de este tipo, a saber el otro no tiene la dimensión de lo humano sino que se torna en objeto de uso, en un medio para conseguir la satisfacción temporal o momentánea. Esto hace si no imposible, al menos sumamente difícil, la coordinación política, el trabajo en conjunto y la cooperación.

4. CONCLUSIONES GENERALES

Bauman establece desde su perspectiva sociológica las transformaciones de la Modernidad. El punto del que nos hemos ocupado es el “trabajo”, éste en cuanto praxis humana y en cuanto concepto para poder comprender y pensar la sociedad también se ha transformado junto a los avatares de la Modernidad. El tema es importante para pensar en nuestro contexto si bien Bauman analiza las tendencias y conductas principalmente europeas; lo que se presenta como importante se debe a la relación que Latinoamérica tiene respecto a la fuerzas de la economía global, en especial, por los temas de desempleo, de trabajos mal remunerados o bien de trabajos informales, el papel y la función del trabajo actualmente en nuestra sociedad.

En este sentido los trabajos de pregrado deben en principio dar cuenta de lecturas que han de servir al autor o a otros estudiantes para seguir investigando, para dedicarse a establecer problemas más aún si en las investigaciones futuras se quiere relacionar lo aprendido con las situaciones particulares de su contexto y sociedad. Una lectura de Bauman invita, pues, a una reflexión sobre el actual mundo globalizado, así como nuestra situación en él, preguntarnos qué podemos hacer para minimizar el impacto del consumismo, la pérdida del papel del trabajo en la organización y trabajo conjunto para superar el individualismo e insatisfacción reinante en una sociedad que es rica en su producción pero pobre en organización social.

No se puede negar, como lo ha mostrado Bauman, que el trabajo ha consistido en una actividad casi impuesta por la sociedad moderna y que por esta misma imposición, la explotación de trabajador se ha justificado como un sacrificio en virtud del progreso social. Pero la diferencia que subsiste en la Modernidad líquida en lo concerniente a que el trabajo es un medio del que se vale el individuo para poder obtener los objetos que necesita bien sea por cuestiones que atañen a sus necesidades básicas o bien obtener objetos innecesarios, momentáneos y transitorios para alcanzar un momento de goce, no lo diferencia radicalmente como medio de explotación. En una la explotación es directa, es una situación definida por los salarios, las jornadas laborales, las actividades misma que se realizan, en la otra la explotación es más sutil pero igual de insatisfactoria porque en el consumismo se brindan breves pulsiones de satisfacción que hacen desear más y trabajar más para comprar más reproduciendo la situación en la que el hombre común se encuentra atravesado por propagandas, mensajes, y productos de venta.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

BAUMAN, Zygmunt (2000). *Trabajo consumismo y nuevos pobres*. Editorial Gedisa S.A. Barcelona.

_____. (2003). *La Modernidad líquida*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.

_____. (2007). *Vida de consumo*. Fondo de Cultura Económica, México D.F.